

EL CAPITALISMO DEL SUBDESARROLLO: Un capitalismo sin capital y sin perspectivas *

Por Alonso AGUILAR M.

I

LA TEORÍA BURGUESA DEL DESARROLLO, EL "DESARROLLO" Y CIERTAS SIMPLIFICACIONES PELIGROSAS

Desde hace, probablemente, cinco a diez años, se advierte un interés cada vez mayor en torno al estudio del subdesarrollo latinoamericano. A las investigaciones propiamente monográficas y descriptivas, a los trabajos fragmentarios o sobre hechos incidentales, a los intentos de definir los rasgos más característicos de nuestras economías, en busca de una imagen objetiva y fiel del atraso que nos aqueja, ha sucedido otro tipo de estudios y de enfoques que sin duda revelan avances alentadores. Ahora, en ensayos más ambiciosos y mejor articulados, empieza a sistematizarse el examen de los problemas más graves, y lo que es más importante, a ahondarse en el estudio del contexto histórico en que tales problemas han surgido y de los hechos que los han condicionado. A partir del esfuerzo tenaz y pionero de ya varias decenas de economistas, sociólogos, antropólogos, historiados-

* El presente texto es la primera parte de un ensayo elaborado a partir de otros estudios del autor, así como de dos ciclos de conferencias dictadas hace unos meses: el primero en el II Seminario sobre Desarrollo e Integración de América Latina, organizado por el Centro de Estudios de Postgrado de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Central de Venezuela, y el segundo, impartido en un Curso de Perfeccionamiento Docente en la Escuela de Economía de la Universidad Central de El Salvador.

Varios compañeros de trabajo en el Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM: Fernando Carmona, Arturo Bonilla, Fausto Burgueño y Carlos Schaffer, tuvieron la gentileza de leer este ensayo y me hicieron interesantes sugerencias que mucho agradezco. Burgueño, además, me ayudó a seleccionar y revisar materiales de consulta en la etapa inicial, así como a preparar numerosas transcripciones sobre los temas que consideramos de mayor interés.

—que seguramente envidiarían incluso el profesor Nurkse y los teóricos del “crecimiento equilibrado”—: un “cambio con estabilidad y con justicia”. Rechazan, por el contrario, los cambios cualitativos propiamente estructurales, a los que, por lo demás, no consideran de interés para la teoría del desarrollo; y en rigor confunden a éste con un mero crecimiento vegetativo que siempre se da dentro del marco capitalista, antes del cual para ellos sólo hay atraso y cuasi-estancamiento, y después: subversión y caos. La estabilidad y el equilibrio dejan de ser, en tal virtud, meros supuestos teóricos más o menos irrealistas y librescos, y se convierten en exigencias diarias, aunque casi siempre retóricas, de los defensores del viejo *status*.

5) El progreso económico y social se concibe o hace descansar en una fácil, ininterrumpida y creciente diseminación de avances técnicos desde los países más avanzados hasta los menos favorecidos, y el desarrollo, en consecuencia, resulta no sólo la meta de los países subdesarrollados sino la condición de su progreso. Las naciones que triunfan económicamente comparten sus éxitos, debido a su gran capacidad de propagación o difusión de los mismos, con las que se rezagan. Y si el ritmo a que extienden el progreso no es más rápido ello obedece a que los países subdesarrollados, a causa de su propio atraso, no pueden asimilar las nuevas técnicas con mayor celeridad. Naturalmente, nada se dice respecto a los hechos reales que obstaculizan la diseminación de los avances técnicos en favor de esos países, y menos, todavía, acerca de la forma en que los más industrializados explotan a otros pueblos a través de un patrón de relaciones económicas internacionales injusto, irracional y, en última instancia, impuesto por la fuerza.

6) Los fenómenos socioeconómicos se estudian de manera aislada y fragmentaria, con frecuencia cayendo en un parcelamiento arbitrario del método científico y de la propia realidad que trata de estudiarse, lo que procede y a la vez desenlaza de y en enfoques unilaterales como el economismo, el sociologismo, el historicismo, el psicologismo y el matematicismo, en vez de combinar métodos, técnicas y procedimientos propios de las diversas disciplinas utilizables en el examen del desarrollo social. Y todo ello expresa o se asocia a un funcionalismo mecanicista —contrario a una concepción dialéctica del proceso histórico, o sea a una verdadera teoría de la historia—, que supone relaciones funcionales más o menos sencillas —a menudo, inclusive, lineales— en donde se dan entrelazamientos recíprocos sumamente complejos, o que, en forma más o menos arbitraria y dogmática convierte en variable independiente un factor o

hecho aislado que, a partir de su elección, se vuelve, por arte de magia, el principio rector del fenómeno de que se trate.³

7) En fin, al construir sistemas explicativos sobre conceptos meramente formales, o en el mejor de los casos sobre hechos parciales desconectados del proceso real del desarrollo, se cae en un formalismo estático, abstracto e idealista, de supuesto alcance universal y por ende de “mayor” generalidad y valor científico, o se combina la teoría a un análisis a corto plazo de los factores del crecimiento del ingreso, en el que los fenómenos propiamente estructurales se ignoran o dejan de lado como si su estudio no sólo resultara impropio en tal perspectiva analítica, sino incluso fuera ajeno a la economía y a la sociología. Ni qué decir, por tanto, que en tales enfoques se omite el empleo de categorías históricas de indiscutible valor científico como las clases sociales y las relaciones y conflictos que surgen entre ellas, la propiedad privada de los medios de producción, la explotación del trabajo asalariado, el fenómeno de la dependencia, el imperialismo, etcétera, todo lo cual vuelve difícil y aun imposible penetrar en el examen serio de la problemática real, y sobre todo estructural, del subdesarrollo, y con mayor razón aún resolver los más graves problemas a que se enfrentan nuestros países.⁴

En efecto, y a pesar del empeño con que ciertos autores pretenden convencernos de que el subdesarrollo no tiene relación con esas cuestiones, ¿quién podría a estas horas aceptar objetiva, honradamente, que el atraso económico de nuestros países nada tiene que ver con que sean explotados y dependientes o con el hecho de que sus riquezas y particularmente el fruto del trabajo del pueblo, se hayan dilapidado dramáticamente a lo largo de siglos en beneficio de una pequeña minoría de ricos nacionales y extranjeros cuya presencia ha sido y es hoy, el principal obstáculo al progreso? ¿quién podría concebir el subdesarrollo como un fenómeno ajeno al capita-

³ Un interesante artículo sobre estos temas es el de Susane J. Bodenheimer, “The ideology of developmentalism”, publicado en el *Berkeley Journal of Sociology* (sin referencia precisa en la fuente consultada).

⁴ Dos interesantes trabajos del Centro de Estudios Socioeconómicos de la Universidad de Chile sobre el desarrollismo y las teorías del desarrollo que más circulan en ciertas universidades y centros gubernamentales de investigación, son *Desarrollismo y capital extranjero*, de ORLANDO CAPUTTO y ROBERTO PIZARRO (Santiago de Chile, 1970) y un ensayo contenido en *Dependencia y cambios sociales*, de THEOTONIO DOS SANTOS (Cuadernos de Estudios Socioeconómicos, N° 11, Santiago, 1970). De los primeros autores citados, véase también *Imperialismo, dependencia y relaciones económicas internacionales*, Santiago, 1971. [Todos estos trabajos han sido reseñados en PROBLEMAS DEL DESARROLLO, números 7 y 8. N. de Ed.]

aparente rigor y alto grado de abstracción —y en tal sentido, a su lejanía de la realidad— en la práctica suelen servir esencialmente para justificar el comportamiento y defender los intereses y los privilegios de las clases dominantes.

Frente al seguidismo de quienes por comodidad, por temor y aun por inercia prefieren repetir las mentiras convencionales y las verdades a medias de los ideólogos metropolitanos, el pensamiento de vanguardia opone los hechos a las palabras y exige nuevos enfoques y nuevas ideas. Los sectores genuinamente progresistas “entienden que se imita demasiado, y que —como decía Martí— la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación. El vino, de plátano: y si sale agrio ¡es nuestro vino!”¹

¿Qué críticas se hacen a las teorías del desarrollo que, fundamentalmente con fines de exportación, se fabrican en ciertas universidades extranjeras? ¿Por qué son cada vez más quienes las rechazan y buscan nuevos cauces para explicar lo que tales teorías soslayan, menosprecian, evaden y aun tergiversan? ¿Por qué se desprestigia lo que en algunos países se conoce como “desarrollismo”, pese al empeño con que lo defienden las clases en el poder? Sería imposible, en unos cuantos párrafos, recordar siquiera las principales críticas que suelen hacerse a los planteamientos teóricos más socorridos. En otros trabajos lo hemos intentado ya con cierta amplitud,² y aquí solo nos limitaremos a destacar, en una apreciación esquemática y de conjunto, algunos rasgos comunes de lo que, genéricamente, podríamos llamar la teoría burguesa del desarrollo, una teoría a veces imprecisa y difícil de ubicar, que naturalmente difiere en ciertos aspectos de un autor a otro, y que con frecuencia adopta modalidades diversas en diferentes países; pero que en todos ellos es la teoría dominante, la teoría aceptada por los funcionarios públicos y los banqueros, por los economistas y sociólogos conservadores, por los líderes obreros más comprometidos con el *establishment*, la que se repite en reuniones nacionales e internacionales como la única legítima y realmente científica, y la que, por consiguiente, orienta, inspira y es punto de partida de múltiples planes y programas oficiales —nacionales e internacionales— de desarrollo.

1) Lo primero que tales teorías pretenden, como se sabe, es ser explicaciones objetivas, neutras, no comprometidas con ningún interés que no sea el de la verdad. Su objetividad y neutralidad resultan, sin embargo, francamente sospechosas, y su vano rechazo de toda

¹ JOSÉ MARTÍ, “Nuestra América”, *Obras completas*, La Habana, 1963, tomo 6.

² *Teoría y política del desarrollo latinoamericano*, México, 1967 y *Economía política y lucha social*, México, 1970.

ideología un ardid idealista más o menos hábil, aunque en el fondo engañoso e inaceptable. Mientras las posiciones que lesionan los intereses de la burguesía son vistas como posiciones “políticas” o sea “no científicas”, cargadas de pasión y de perturbadores elementos ideológicos, las que ellos postulan, y que, no casualmente, en el fondo sólo tienden a defender los intereses de la clase en el poder, esas sí son “objetivas” y “científicas”, eclécticas e “imparciales”, ajenas a los conflictos de clase y capaces, por tanto, de situarse al margen y por encima de tales conflictos.

2) Frecuentemente caen en el pragmatismo y el metodologismo. Parecen interesarse más en el andamiaje que en el edificio propiamente dicho, que pretende construirse; y desprovistas de todo enfoque teórico desenlazan en una especie de culto a la estadística, a los números, a los hechos concretos así sean secundarios y aislados, y a la mera acumulación y recopilación de datos y circunstancias de no mayor interés, o desembocan en un tecnocratismo pedante y superficial, en el que, a partir de análisis simplistas, se construyen no menos simplistas y rígidos modelos econométricos, que poco o nada tienen que ver con la realidad cambiante y contradictoria a que supuestamente se refieren.

3) Adoptan un peculiar y suave gradualismo que hace del desarrollo de la sociedad un proceso uniforme, terso, unilineal, que se desenvuelve en línea recta, verticalmente —o cuando más, circularmente— en el trayecto que va de la economía “tradicional” a la “moderna”, conforme a una teoría del *continuum* en la que el desarrollo es el punto final de una ruta corta y sin mayores accidentes ni largas esperas intermedias, en tanto que el subdesarrollo es una fase inicial que precede al desarrollo y siempre culmina en éste. Lo que podría parecer un enfoque histórico resulta, así, esencialmente estático: un extraño dinamismo mecanicista, un mero ejercicio de “estática animada” en el que el factor tiempo se introduce de un modo arbitrario en esquemas divorciados de la realidad, y en el que las categorías propiamente históricas y las fases reales del desarrollo social se sustituyen por un esquema sencillo y sugerente, pero falso y prefabricado (sociedad “tradicional” —sociedad “moderna”) como el que nos ofrecen autores tales como Rostow, Parsons, Hagen y, entre los latinoamericanos, el sociólogo Germani.

4) Las explicaciones de que hablamos aceptan el cambio; pero no como éste se produce en la realidad sino en tanto sea armonioso y equilibrado, es decir, en tanto corresponda a lo que ciertos políticos oficiales mexicanos llaman, en su jerga demagógica y pintoresca,

—que seguramente envidiarían incluso el profesor Nurkse y los teóricos del “crecimiento equilibrado”—: un “cambio con estabilidad y con justicia”. Rechazan, por el contrario, los cambios cualitativos propiamente estructurales, a los que, por lo demás, no consideran de interés para la teoría del desarrollo; y en rigor confunden a éste con un mero crecimiento vegetativo que siempre se da dentro del marco capitalista, antes del cual para ellos sólo hay atraso y cuasi-estancamiento, y después: subversión y caos. La estabilidad y el equilibrio dejan de ser, en tal virtud, meros supuestos teóricos más o menos irreales y librescos, y se convierten en exigencias diarias, aunque casi siempre retóricas, de los defensores del viejo *status*.

5) El progreso económico y social se concibe o hace descansar en una fácil, ininterrumpida y creciente diseminación de avances técnicos desde los países más avanzados hasta los menos favorecidos, y el desarrollo, en consecuencia, resulta no sólo la meta de los países subdesarrollados sino la condición de su progreso. Las naciones que triunfan económicamente comparten sus éxitos, debido a su gran capacidad de propagación o difusión de los mismos, con las que se rezagan. Y si el ritmo a que extienden el progreso no es más rápido ello obedece a que los países subdesarrollados, a causa de su propio atraso, no pueden asimilar las nuevas técnicas con mayor celeridad. Naturalmente, nada se dice respecto a los hechos reales que obstaculizan la diseminación de los avances técnicos en favor de esos países, y menos, todavía, acerca de la forma en que los más industrializados explotan a otros pueblos a través de un patrón de relaciones económicas internacionales injusto, irracional y, en última instancia, impuesto por la fuerza.

6) Los fenómenos socioeconómicos se estudian de manera aislada y fragmentaria, con frecuencia cayendo en un parcelamiento arbitrario del método científico y de la propia realidad que trata de estudiarse, lo que procede y a la vez desenlaza de y en enfoques unilaterales como el economismo, el sociologismo, el historicismo, el psicologismo y el matematicismo, en vez de combinar métodos, técnicas y procedimientos propios de las diversas disciplinas utilizables en el examen del desarrollo social. Y todo ello expresa o se asocia a un funcionalismo mecanicista —contrario a una concepción dialéctica del proceso histórico, o sea a una verdadera teoría de la historia—, que supone relaciones funcionales más o menos sencillas —a menudo, inclusive, lineales— en donde se dan entrelazamientos recíprocos sumamente complejos, o que, en forma más o menos arbitraria y dogmática convierte en variable independiente un factor o

hecho aislado que, a partir de su elección, se vuelve, por arte de magia, el principio rector del fenómeno de que se trate.³

7) En fin, al construir sistemas explicativos sobre conceptos meramente formales, o en el mejor de los casos sobre hechos parciales desconectados del proceso real del desarrollo, se cae en un formalismo estático, abstracto e idealista, de supuesto alcance universal y por ende de “mayor” generalidad y valor científico, o se combina la teoría a un análisis a corto plazo de los factores del crecimiento del ingreso, en el que los fenómenos propiamente estructurales se ignoran o dejan de lado como si su estudio no sólo resultara impropio en tal perspectiva analítica, sino incluso fuera ajeno a la economía y a la sociología. Ni qué decir, por tanto, que en tales enfoques se omite el empleo de categorías históricas de indiscutible valor científico como las clases sociales y las relaciones y conflictos que surgen entre ellas, la propiedad privada de los medios de producción, la explotación del trabajo asalariado, el fenómeno de la dependencia, el imperialismo, etcétera, todo lo cual vuelve difícil y aun imposible penetrar en el examen serio de la problemática real, y sobre todo estructural, del subdesarrollo, y con mayor razón aún resolver los más graves problemas a que se enfrentan nuestros países.⁴

En efecto, y a pesar del empeño con que ciertos autores pretenden convencernos de que el subdesarrollo no tiene relación con esas cuestiones, ¿quién podría a estas horas aceptar objetiva, honradamente, que el atraso económico de nuestros países nada tiene que ver con que sean explotados y dependientes o con el hecho de que sus riquezas y particularmente el fruto del trabajo del pueblo, se hayan dilapidado dramáticamente a lo largo de siglos en beneficio de una pequeña minoría de ricos nacionales y extranjeros cuya presencia ha sido y es hoy, el principal obstáculo al progreso? ¿quién podría concebir el subdesarrollo como un fenómeno ajeno al capita-

³ Un interesante artículo sobre estos temas es el de Susane J. Bodenhimer, “The ideology of developmentalism”, publicado en el *Berkeley Journal of Sociology* (sin referencia precisa en la fuente consultada).

⁴ Dos interesantes trabajos del Centro de Estudios Socioeconómicos de la Universidad de Chile sobre el desarrollismo y las teorías del desarrollo que más circulan en ciertas universidades y centros gubernamentales de investigación, son *Desarrollismo y capital extranjero*, de ORLANDO CAPUTTO y ROBERTO PIZARRO (Santiago de Chile, 1970) y un ensayo contenido en *Dependencia y cambios sociales*, de THEOTONIO DOS SANTOS (Cuadernos de Estudios Socioeconómicos, Nº 11, Santiago, 1970). De los primeros autores citados, véase también *Imperialismo, dependencia y relaciones económicas internacionales*, Santiago, 1971. [Todos estos trabajos han sido reseñados en *PROBLEMAS DEL DESARROLLO*, números 7 y 8. *N. de Ed.*].

lismo y al imperialismo, o ver en éste tan sólo un hecho anacrónico o la expresión de una vieja política agresiva por fortuna ya superada en el llamado “mundo libre”?

No obstante todas sus fallas y limitaciones, las teorías a que nos referimos siguen inspirando muchas de las explicaciones académicas del subdesarrollo y aún influyen grandemente en la estrategia y la política económicas en América Latina. Los cambios de forma o de grado y las modalidades más o menos diversas que adoptan en cada país no impiden reconocer el patrón ideológico que, a manera de común denominador, subyace a todas ellas. Tomando como punto de referencia lo que, sobre todo en los países del sur del continente ha dado en llamarse “desarrollismo”, podemos apreciar lo que esencialmente distingue a tales posiciones y lo que significan, no ya como formulaciones teóricas, sino en su aplicación práctica.

¿“En qué consiste el desarrollismo”? La verdad, no es fácil precisararlo. “Como todas estas expresiones que brotan en la confrontación ideológica —comenta el doctor Prebisch— es confuso el significado del concepto. Acaso se refiere a la actitud de quienes no creen que sean necesarias grandes transformaciones para acelerar el curso presente del desarrollo, y confían en que las disparidades sociales se irán desvaneciendo por la propia dinámica del desarrollo. ¡Lo esencial es desarrollarse; se verá después lo que se hace!”⁵

Tal es, en efecto, una versión del “desarrollismo”. A nuestro juicio la más simple: la que podríamos llamar “hamiltoniana”; una versión que, esencialmente, ve en el desarrollo un fenómeno de crecimiento cuantitativo de ciertas variables macroeconómicas. Mas en el curso de los últimos años se ha ido configurando otra variante, en la que sin dejar de reconocerse que se requieren ciertos cambios y aun admitiéndose, verbalmente, que algunos de ellos son estructurales, en la práctica sólo se aceptan aquellos que no ponen en peligro el orden, o si se prefiere, el desorden de cosas existente. Esta versión es más sofisticada: combina el crecimiento con la estabilidad, la expansión de las fuerzas productivas con la justicia social, el crecimiento del ingreso con su reparto equitativo, el uso del financiamiento externo con el supuesto propósito de afirmar la independencia económica, la intervención del estado en la economía con el estímulo a la empresa privada, la asociación amistosa del capital nacional y el extranjero, o sea la coexistencia pacífica de las pequeñas empresas nacionales y de los gigantescos monopolios internacionales.

⁵ RAÚL PREBISCH, *Transformación y desarrollo. La gran tarea de América Latina*. México, 1970, p. 23.

Por ello no deja de sorprender que al criticar el doctor Prebisch el “desarrollismo”, escoja, al parecer, su variante más elemental y deje, en cambio, de lado, la existencia de otras, y concretamente de la que la CEPAL y él mismo, difundieron y defendieron en las últimas dos décadas, haciéndose eco de la opinión dominante en muchos gobiernos latinoamericanos y contribuyendo, a la vez, a que éstos hicieran suya la estrategia desarrollista. La omisión es tanto más significativa cuanto que lo que se evade es, precisamente, lo que acaso ha llegado a convertirse en la teoría y la práctica desarrollistas por excelencia en América Latina, ambas, por cierto, basadas en la tesis de que la crisis del llamado modelo de “crecimiento hacia afuera”, obligó, a partir del colapso económico mundial de 1929, a un “crecimiento hacia adentro” en que el desenvolvimiento habría de descansar en el mercado interno y en un patrón de relaciones internacionales en que los países capitalistas más avanzados contribuyeran, principalmente con recursos financieros y técnicos y una favorable política comercial, a la industrialización y el desarrollo independiente de los más atrasados. Podría afirmarse que tal es la esencia del planteamiento desarrollista, y que éste no sufre alteraciones de fondo cuando, a partir de la reunión de Punta del Este de 1961, en el marco ya de la Alianza para el Progreso, se habla de reformas estructurales, integración regional y planificación.⁶

La doctrina desarrollista comienza a gestarse bajo la depresión de los años treinta, cuando las exportaciones de productos primarios se derrumban catastróficamente y caen con ellas la capacidad de importación, los ingresos y gastos públicos, el circulante monetario y el volumen de inversión y de ahorro, el nivel de ocupación, el ingreso nacional y la actividad en todo el sistema. Dicha doctrina se refuerza en los años de la segunda guerra mundial, en que se vuelve imperioso fabricar bienes que antes se importaban y que el conflicto hace imposible producir y distribuir por los canales tradicionales, y toma una forma académicamente más precisa cuando, en 1949, Prebisch y la CEPAL subrayan que el avance técnico, lejos de propagarse en beneficio de los países económicamente más atrasados, es retenido y concentrado por las naciones industriales que compran barato y venden caro al resto del mundo. Son los pobres, por consiguiente, quienes comparten sus modestos incrementos de productividad con los ricos, y no a la inversa. Y, a la creciente desigualdad que tal situa-

⁶ Véanse la *Carta de Punta del Este* y la *Declaración de los pueblos de América*, documentos en los que se recogen los principales aspectos de la doctrina de la ALPRO.

ción genera, se añade un crónico deterioro en la relación de intercambio que, a su vez, resulta de la "insuficiencia dinámica del desarrollo" y de la mayor velocidad con que crece la demanda de manufacturas (importaciones) frente a la de productos primarios (exportaciones) de los países subdesarrollados.⁷

Es tal la fe que, en un momento dado, llega a tenerse en el modelo de "crecimiento hacia adentro", que algunos asocian el concepto mismo de subdesarrollo a la dependencia respecto a las exportaciones primarias y el de desarrollo a la industrialización sustitutiva de importaciones. Incluso piensan que el papel del capital extranjero cambiará radicalmente en la nueva fase del proceso, y consideran que, además de ser transitoria la necesidad de financiamiento externo, éste contribuirá a afirmar el tan deseado desarrollo independiente.⁸

Durante varios años tales ideas circularon, al menos en los organismos y grupos oficiales de América Latina, como la teoría y la práctica de un desarrollo independiente. En Santiago de Chile y Buenos Aires, en México y en Río, en Caracas, Lima y Bogotá, se repitió que la sustitución de importaciones —entonces principalmente de bienes de consumo— por una producción interna que el estado apoyará a través de una acción supletoria y del estímulo de la empresa privada, conduciría, en un marco de estabilidad social interna, unidad nacional, integración regional y cooperación internacional, al reforzamiento de la economía latinoamericana. A la altura en que nos hallamos y frente al deterioro comercial sufrido en los últimos quince años, no sólo es evidente que nuestros países jamás habrían podido emanciparse bajo la estrategia impuesta, claro es, por el imperialismo, del "crecimiento hacia afuera"; empieza a ser igualmente claro que tampoco lograrán su independencia, como lo han sostenido

⁷ Cf. RAÚL PREBISCH, *El desarrollo económico de América Latina y sus principales problemas*, Naciones Unidas, Nueva York, 1949.

⁸ "El subdesarrollo —dice por ejemplo, ROGERIO FRIGERIO, quien por cierto jugó un prominente papel en Argentina bajo el gobierno "desarrollista" de Arturo Frondizi—. . . se define como la incapacidad de financiar el desarrollo sostenido de las fuerzas productivas con el producto de las exportaciones primarias". Y en otro pasaje, expresa: "El capital externo, que en el siglo pasado vino a nuestros países para desarrollar nuestra producción primaria y someternos al esquema de la división internacional de trabajo, está obligado, en su propio interés, a venir ahora a desarrollar nuestra industria y nuestra capacidad adquisitiva. Es muy distinto el signo de una y otra inversión: la primera anudaba los lazos de la dependencia; la segunda nos ayuda a desarrollarnos como naciones independientes." Citado por JUAN PABLO FRANCO en "Reflexiones en torno al desarrollismo: el caso frigerista". *Desarrollo y desarrollismo*, autores varios, Buenos Aires, 1969, pp. 156 y 368.

la burguesía doméstica y los defensores extranjeros de tal esquema, bajo el modelo del "crecimiento hacia adentro".

El propio doctor Prebisch parece pensarlo así cuando señala que: . . . la América Latina tiene que encontrar nuevos caminos sin la carga del pasado, sin preconceptos ideológicos. La insuficiencia dinámica no es un fenómeno episódico, sino la expresión de la crisis profunda de la fase de desarrollo que comienza en la gran depresión mundial de los años treinta. Esta fase ha cumplido hace tiempo su papel y está provocando otra crisis. . . la crisis del «desarrollismo».⁹

El "desarrollismo", efectivamente, está en crisis; en crisis grave e irreparable. En vez del desarrollo vigoroso e independiente que sus apologistas nos ofrecían, lo que está a la vista es un crecimiento desigual, contradictorio, deforme, enfermizo y subordinado que, después de veinte, treinta y en algunos casos cincuenta años no logra romper los obstáculos más tenaces ni resolver las necesidades más ingentes y elementales de las grandes mayorías de nuestros pueblos. Con toda su retórica, con sus formulaciones academizantes, con sus promesas y sus eufemismos, el "desarrollismo" ha desembocado en un panorama de graves desequilibrios de la balanza de pagos que, a su vez, resultan del drenaje provocado tanto por las inversiones y préstamos del exterior como por la propia dinámica de una industrialización sustitutiva y dependiente, que al mismo tiempo que libra al país que la realiza de ciertas importaciones, crea la necesidad de otras mayores, más complejas y costosas.¹⁰ En ese panorama persisten las presiones inflacionarias y se agudiza la ya alarmante desigualdad en el reparto de la riqueza y el ingreso. En vez de que las empresas nacionales se fortalezcan, son los monopolios extranjeros los que se extienden y consolidan en las principales ramas de la industria, el comercio y los servicios; en vez de que el caudal de recursos

⁹ RAÚL PREBISCH, *op. cit.*, p. 22.

¹⁰ " . . . el proceso de industrialización sustitutiva, lejos de reducir la dependencia externa y la vulnerabilidad al comercio internacional de estas economías, en cierto modo las acentúa. Por un lado, la economía sigue basada sobre las exportaciones tradicionales de productos primarios; por otro, en la estructura de las importaciones prácticamente todo lo que se conserva es de importancia esencial o estratégica. . ." OSVALDO SUNKEL y PEDRO PAZ, *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*. México, 1970, p. 367. (Y aun no siendo de "importancia esencial o estratégica", diríamos nosotros, son importaciones a las que la clase dominante no está dispuesta a renunciar, porque constituyen una parte no deleznable de los privilegios que suele defender con mayor celo).

financieros disponibles se incrementa con la ayuda extranjera, la succión del ahorro interno se agrava y crece la "espiral del endeudamiento externo"; en vez de gobiernos democráticos, surgidos del creciente desarrollo, proliferan los regímenes pretorianos resueltos a liquidar los rastros de democracia que puedan quedar en ciertos países.

Tales son algunos de los hechos, objetivos e irrefutables, que muestran el fracaso del "desarrollismo" latinoamericano y de la ilusión reformista de creer que, con la ayuda del capital extranjero y la débil y errática acción de una burguesía interna, incapaz y parasitaria, podría lograrse un desarrollo nacional independiente. Confiar la independencia económica a una industrialización y a una burguesía cada vez más dependientes —ahora lo sabemos de sobra— ha demostrado ser tan vano como confiar la causa de la libertad económica a los monopolios, encomendar a los ricos la liquidación de la pobreza, o, lo que es lo mismo: dejar la iglesia en manos de Lutero. Y lo que es más: el fracaso del "desarrollismo" no sólo ha puesto en claro la ineficacia de una política sino la invalidez de una teoría, aun de toda una concepción del desarrollo y de la ciencia social. Y aunque algunos se aferran a sus viejas posiciones o las sustituyen por otras no menos invigentes, y los más hábiles las aderezan con nuevos y más o menos vistosos adornos, quienes honradamente tratan de comprender la problemática del subdesarrollo afirman, a su vez, la convicción de que ha llegado el momento de abrir nuevos caminos.

Sobre las viejas teorías sólo se pueden forjar, como lo comprueba la experiencia de las últimas décadas, estrategias erróneas y políticas inadecuadas. Se necesitan nuevos enfoques teóricos, nuevas perspectivas de análisis, objetivas y realistas, que partan del examen metódico y riguroso de los hechos y no de prejuicios, buenos deseos y hasta intereses inconfesables. Se requiere ir al fondo de los problemas, no quedarse en la forma o en la superficie; no ver únicamente el subdesarrollo en el corto plazo sino como un fenómeno dinámico, propiamente histórico, complejo, múltiple, ramificado y de largo alcance. Los caminos más trillados son comúnmente los más fáciles de recorrerse pero no los que llevan más lejos. ¡Enhorabuena que se aproveche lo que haya de aprovechable en la teoría tradicional! Todo lo que sirva a un mayor y mejor conocimiento de las realidades que pretendemos transformar debiera utilizarse, incluso lo que concretamente aporte —si tal fuere el caso— el enemigo. Proceder de otra manera sería erróneo y torpe.

El problema, sin embargo, consiste en que, en particular para los economistas, aunque también para los sociólogos, los historiadores,

y los estudiosos de la ciencia política, las corrientes de moda en los centros académicos occidentales no abren por cierto, como hemos dicho ya, mayores horizontes. Antes al contrario los angostan y cierran. Para la economía neoclásica y aun para las corrientes nekeynesianas que aceptan el replantamiento de ciertas variables macroeconómicas importantes, los problemas básicos del desarrollo y el subdesarrollo siguen fuera de su alcance. Y una de dos: o el economista latinoamericano trabaja dentro de esos estrechos marcos académicos y renuncia a comprender la realidad en que vive y los factores históricos que la determinan, o se libera de la servidumbre respecto a concepciones anacrónicas y enfoques tradicionalistas y se lanza con decisión a incursionar en nuevos campos en los que, además de ver los árboles, pueda apreciar el bosque en su conjunto.

Afortunadamente empiezan a comprenderlo así muchos investigadores latinoamericanos, que, como dice Kaplan:

... Sin negar ni desaprovechar los aportes positivos provenientes de otras corrientes... reasumen e intentan desarrollar los principales aspectos positivos del marxismo: sentido crítico y desmixtificador; concepción dinámica y totalizante; diferenciación e interrelación de niveles y aspectos; reconocimiento de la importancia de lo económico y lo tecnológico; estructura y dinámica de las clases y de los grupos; correlaciones entre estructura económica, estratificación social y poder político; teoría del proceso y del conflicto; vinculación postulada con la praxis en sentido amplio; inmunización contra el mito de la neutralidad valorativa.¹¹

En esos nuevos cauces, muchos aún prácticamente desconocidos pero atrayentes y prometedores, se replantean los viejos problemas, se renueva su examen, se abren brechas antes inexistentes, se abandonan lugares comunes y tesis simplistas y dogmáticas, y del contacto estrecho y el estudio cada vez más serio de las diversas realidades nacionales y de la región en su conjunto van emergiendo dudas, inquietudes, desacuerdos, opiniones discutibles, parciales y aun erróneas si se quiere; pero también formulaciones más frescas, más congruentes y lúcidas que anuncian la proximidad de una pródiga cosecha intelectual que a todos habrá de enriquecernos.

El problema del subdesarrollo, que en otras épocas fue dado por supuesto como un fenómeno natural e inevitable, que casi nadie in-

¹¹ MARCOS KAPLAN, "La ciencia política en la encrucijada", revista *Aportes*, París, abril de 1970, p. 138.

tentó ubicar con precisión en el tiempo y el espacio; el mismo que más tarde fue convertido en “etapa inicial” de un proceso sencillo y ascendente, en el que en cierto modo por inercia se irían escalonando los peldaños superiores; lo que, en otras palabras, tendió hasta hace poco tiempo a asociarse a un precapitalismo ambiguo y en gran medida liquidado, comienza por fin a ser visto como lo que es: como un proceso histórico que, lejos de haber quedado al margen del desarrollo capitalista de las últimas centurias, surgió dialécticamente de él y de la explotación interna e internacional a que dio lugar. Comienza el atraso a ser visto como un fenómeno social ligado estrechamente a la esencia del sistema y cuya constante principal ha sido una dependencia dinámica y múltiple, que como un factor externo, y sobre todo como condición estructural interna, ha influido e influye decisiva y desde luego, negativamente, en su desenvolvimiento.

En tal perspectiva resulta indispensable emplear un nuevo instrumental analítico: abrir la vieja “caja de herramientas” y revisar cuidadosamente lo que hay en ella; ver qué puede seguir sirviendo y qué es menester sustituir por herramientas mejores. Y así es como en el contexto de un análisis que, con todas sus variantes, en sus versiones más certeras tiende a ser histórico estructuralista, empieza a trabajarse sistemáticamente sobre el fenómeno de la dependencia, entendida ésta como una categoría histórica real y a la vez como un instrumento analítico de singular importancia.

Todos estos avances son indudablemente positivos y dignos de reconocimiento; y, sin embargo, como no podría ser de otra manera, a menudo se advierten ciertas fallas y desviaciones de las que debiéramos precavernos. Así, por ejemplo: al asociar el subdesarrollo al capitalismo e invertir la tendencia tradicional a divorciar a uno del otro, parece en ocasiones aludirse a un capitalismo un tanto abstracto y vago, que en rigor no se sabe cuándo, dónde y cómo surge y se desenvuelve; un capitalismo global, en cierto modo preexistente, absoluto y universal, cuyas fases y sobre todo cuyo comportamiento, modalidades y contradicciones específicamente latinoamericanas, apenas quedan sugeridas o pálidamente dibujadas, mas no definidas con claridad.

A veces se tiende a enfoques estructuralistas cuyo alcance y naturaleza no es fácil comprender ni, menos todavía, aceptar, pues si bien responden al propósito de situar el subdesarrollo en una perspectiva más amplia, que permita apreciar la totalidad del fenómeno y no solamente sus partes, a menudo se cae en un estructural-funcionalismo, que en verdad poco difiere y poco añade a las explicaciones funcionalistas más socorridas, pues sus proposiciones no escapan a un

formalismo esencialmente histórico. Otras veces se circunscribe el examen del subdesarrollo a rodeos periféricos y superestructuralistas más o menos insuficientes, y otras más se postula un estructuralismo confuso, unilateral, primario, mecanicista, en el que la interrelación de los fenómenos fundamentales se diluye y aun pierde del todo y la estructura socioeconómica —cuyo contenido mismo resulta no pocas veces impreciso— o bien se toma como un dato dado, como un escenario fijo y meramente de fondo, y no como un fenómeno cambiante, propiamente histórico, cuyos desplazamientos y contradicciones deban ser cuidadosamente estudiados, por ser ellos, precisamente, los que conforman el subdesarrollo. En fin, la estructura se supone una entidad, un complejo de relaciones que si bien se reconocen cambiantes, a la vez dan la impresión de concebirse como algo aislado, ajeno y aun superior a la acción humana.¹² Como si la famosa afirmación de Marx de que “en la producción social de su existencia, los hombres entran en relaciones necesarias, ajenas a su voluntad...”,¹³ significara que los fenómenos sociales se desenvuelven conforme a un determinismo mecanicista, enteramente extraño al curso real del proceso histórico y, desde luego, al marxismo-leninismo, y no como resultado de procesos en los que el hombre, si bien actuando en condiciones que él no crea a su antojo, es el protagonista principal.

En el fondo, lo que tales posiciones —y en no menor medida las inversas— parecen exhibir como principal falla es una profunda incompreensión acerca de la forma en que, en el proceso socioeconómico, interactúan las condiciones objetivas y las subjetivas. A ello obedece en gran medida que, mientras algunos autores aluden a la situación imperante como algo rígido e intocable, como una realidad que la ciencia no puede ni debe intentar modificar, como una especie de pesada lápida que nos aplasta y de la que no podremos librarnos a partir de nuestro propio esfuerzo; otros, desconociendo y desdénando el papel y la dirección de las leyes que rigen el proceso histórico, reniegan y aun niegan la influencia de condiciones objetivas, cayendo en un voluntarismo *librearbitrista* que les hace creer

¹² A propósito de este divorcio entre lo estructural y lo humano, comenta con gracia GARAUDY: “Fornault no puede dar cuenta del paso de una estructura a otra, porque la estructura, según él, es totalmente extraña al hombre. Habla de las estructuras sin referirse jamás a los hombres que las han engendrado. ¡Misterio de la inmaculada concepción! Las estructuras caen verdaderamente del cielo...” R. GARAUDY, “Estructuralismo y muerte del hombre”. *Estructuralismo y marxismo*. Autores varios. Barcelona, 1969, p. 184.

¹³ CARLOS MARX, *Contribución a la crítica de la Economía Política*, La Habana, 1968, prefacio, p. 12.

que el cambio social y concretamente el desarrollo nacional independiente de países como los nuestros puede lograrse con sólo gritos destemplados o unas cuantas reformas institucionales más o menos inocuas, y no a partir de una lucha social organizada, realmente revolucionaria, que contribuya a hacer madurar y aun a *crear* las condiciones objetivas que empujan a la humanidad hacia el socialismo y el comunismo, ya que es a través de la acción humana como, en última instancia, operan las leyes económicas y se abre paso el progreso.

A veces tendemos a manejar los elementos "internos" y "externos" que condicionan el subdesarrollo con cierta laxitud y sin establecer adecuadamente las vinculaciones e interrelaciones de unos y otros. Y mientras en ciertos estudios se cae en el parroquialismo, en enfoques estrechos en los que se exagera la nota nacional y se pone demasiado énfasis en el desenvolvimiento interno del fenómeno, sin advertir que mucho de lo que se cree más característico, más típico y propio de ciertos países suele ser incluso la modalidad específica y aun la consecuencia directa de fenómenos generales que adoptan formas peculiares en cada país, en otros estudios, sobre todo a últimas fechas —aunque esta tendencia ha sido común entre investigadores extranjeros que en cierto modo ven nuestros problemas "desde afuera"— el interés se desplaza habitualmente hacia lo internacional, hacia lo real o supuestamente más general, dejando de apreciarse lo que hay de específico en cada nación y lo que, concretamente, ha sido en ellas el subdesarrollo capitalista. Todo lo cual ocurre, probablemente, porque se cae en un esquematismo excesivo y, acaso, sobre todo, porque no se llega a comprender que lo "interno" y lo "externo" son en buena medida lo mismo y no cuestiones esencialmente distintas y menos opuestas entre sí, y que aun siendo diferentes suelen entrelazarse de tal manera que, en la práctica, se vuelven inseparables.

Hemos dicho que, con frecuencia, el fenómeno capitalista se introduce en la explicación del subdesarrollo como algo absoluto y no como una formación social que se desenvuelve dialécticamente a partir de otras y que sufre cambios profundos en el curso de su desarrollo. Pero también ocurre lo contrario: o sea que algunos autores parecen convencidos de que lo acontecido en una fase particular —digamos, por ejemplo, en la Colonia— fue y sigue siendo lo decisivo en la conformación del subdesarrollo latinoamericano.¹⁴

¹⁴ En un reciente libro, STANLEY J. y BARBARA H. STEIN subrayan una y otra vez que el estado de cosas que ha privado en Latinoamérica es esencialmente el fruto de la herencia colonial. "En la dependencia económica y su síndrome de polarización social y económica hallamos —dice— la herencia principal de tres siglos de subordinación a España y Portugal". Y al recordar,

Sería difícil y aun desacertado negar el peso de la herencia colonial o desconocer que, aun hoy día, ciertos rasgos de la vida latinoamericana son, probablemente, residuos del coloniaje. Y sin embargo, sería todavía más difícil comprender la esencia del subdesarrollo a través de la vinculación particular, no digamos exclusiva de tal fenómeno a cualquier etapa, régimen o situación específica, si al optar por ese enfoque dejamos de apreciar la continuidad del proceso histórico y de advertir que si bien en ciertos momentos se producen hechos particulares de cuya significación no puede dudarse, lo determinante del subdesarrollo no es ningún hecho aislado o siquiera el complejo de aquellos que se producen en tal o cual periodo, sino las contradicciones más profundas y propias de cada fase y la forma en que, históricamente, se opera el tránsito de unas a otras. Ni siquiera podría aceptarse, como a menudo se sugería hasta hace algunos años en círculos de izquierda latinoamericanos, que el subdesarrollo sea simplemente la consecuencia del imperialismo. Aun admitiendo la enorme importancia de éste como condicionante de aquél, resultaría obviamente exagerado y erróneo desentenderse del marco histórico en que se desenvuelve el capitalismo y explicar el subdesarrollo tan solo en virtud de lo que es característico de su última fase, o sea la imperialista.

Aun hoy se advierten posiciones que, inexplicablemente, parecen ver en el imperialismo un fenómeno ajeno y a veces una política "externa" que, de manera arbitraria, pretende imponerse a lo "nuestro" desde "afuera"; así como una diversidad de puntos de vista que, si bien acepta que es preciso estudiar más de cerca y con mejores armas teóricas la realidad latinoamericana, adolecen, a la vez, de esquematismo excesivo o incurren en otras fallas que suelen privarlos de valor. Tal es el caso, en nuestro concepto, del esquema analítico que podríamos llamar "centro - periferia", en el que el subdesarrollo se atribuye casi exclusivamente a un patrón de relaciones internacionales en que los países del "centro" determinan, digamos, de arriba abajo, como si se tratara de un fenómeno físico, las condiciones de la "periferia" del sistema. Y lo mismo podría decirse de la opinión según la cual el desarrollo latinoamericano del último siglo sólo ha sido un pro-

unas páginas adelante, el peculiar carácter que España y Portugal tuvieron de imperios y a la vez países dependientes sobre todo respecto a Inglaterra, añaden: "Este anómalo *status* de colonias e imperio determinó la historia de los países ibéricos y de sus posesiones coloniales. Condicionó la sociedad, la economía y la política coloniales y también el curso de la historia latinoamericana hasta los tiempos modernos". *La herencia colonial de América Latina. México*, 1970, pp. 3 y 7.

ceso en dos movimientos, en los que sucesivamente se recorren la fase "del crecimiento hacia afuera" y la del "crecimiento hacia adentro". Con mayor razón aún podrían criticarse ciertas referencias totalizadoras y ambiciosas en que el marco del análisis se amplía, no a consecuencia del estudio profundo de las diversas realidades nacionales, sino más bien porque se ignoran tales realidades y porque con base en el rápido examen de algunas de ellas se construye, apresurada, incluso atropelladamente y sin mayor fundamento, una teoría "general". Incluso entre quienes aceptan que la dependencia es una categoría sin la que sería imposible hacer un estudio teórico serio del subdesarrollo latinoamericano, no deja de ser sintomático que, acaso bajo la influencia de la ortodoxia funcionalista, se tienda a ver en el subdesarrollo un mero reflejo, una *función* de la dependencia, como si, paradójicamente, ésta se convirtiera en la nueva variable independiente de una formulación que, desde un punto de vista metodológico, incurriría en fallas a las que una teoría verdaderamente histórica del subdesarrollo debiera escapar.

Lo dicho hasta aquí muestra qué complejo es el fenómeno del subdesarrollo y qué difícil, en particular, es comprender su dinámica, sus contradicciones, la forma en que interactúan ciertos factores fundamentales, así como la manera en que éstos se relacionan, recíprocamente, con el proceso de acumulación de capital. Y a la vez, todo ello afirma la necesidad de ahondar en el estudio del subdesarrollo.

En las páginas que siguen, a partir de trabajos previos del que escribe éste, en los que se han examinado algunos aspectos del problema, consideraremos algunos hechos, en nuestra opinión fundamentales para comprender la problemática, el origen histórico y las perspectivas del subdesarrollo latinoamericano.

II

EL MARCO HISTÓRICO DEL CAPITALISMO DEL SUBDESARROLLO

El subdesarrollo no es, como algunos suelen pensarlo todavía hoy, una etapa, un estadio inferior o inicial más o menos incipiente del desarrollo, por el que hayan pasado en otros tiempos las naciones ya industrializadas; no es tampoco un desajuste superficial y pasajero, susceptible de estudiarse en el marco de la teoría tradicional del equilibrio o siquiera de la macroestática keynesiana, y menos aún, de corregirse mediante tal o cual política de corto alcance. En rigor es un fenómeno histórico, un estado de cosas ligado estrecha e indisoluble-

mente a la evolución del capitalismo, o sea al proceso socioeconómico mismo y al comportamiento de sus relaciones productivas básicas tanto en la esfera nacional como internacional. Para comprender, por ello, qué es y cómo funciona una economía subdesarrollada, es necesario verla en una justa perspectiva: en su conjunto y no fragmentariamente, como una realidad cambiante y no como algo petrificado, como una estructura social concreta y no como expresión de rasgos supuestamente universales o meramente institucionales, y como parte integrante de un todo, no como una entidad aislada. Un historicismo convencional y meramente descriptivo, que en el mejor de los casos consiga ordenar ciertos hechos mas no descubrir su sentido, su trabazón interna, sus contradicciones y la dirección en que se mueven, no basta para desentrañar el marco real en que surge el subdesarrollo ni para apreciar debidamente los factores que lo condicionan.

Para penetrar en tal análisis y ver con cierta claridad los quiebres del proceso y los cambios que, específicamente, sufre en su evolución capitalista, se requiere una teoría, y una teoría verdaderamente histórica pues el subdesarrollo se gesta en el pasado y el capitalismo es un sistema que se desenvuelve a lo largo de siglos y no en el breve lapso de unos cuantos años; se necesita, además, intentar una periodización que permita determinar cuáles son las fases principales que ese proceso recorre y cuál el modo en que, en el curso ininterrumpido de la historia, se suceden y eslabonan unas a otras.

El capitalismo no ha sido idéntico en todas partes ni en todos los tiempos: ha cambiado de un país al siguiente y de una época a otra. Como decía Marx al referirse a su nacimiento: "...su historia presenta una modalidad *diversa* en cada país, y en cada uno de ellos recorre las *diferentes fases* en distinta *gradación* y en *épocas históricas diversas*..."¹⁵ Y, en otro pasaje, objetando a uno de los críticos de *El Capital*, escribía:

A todo trance quiere convertir mi esbozo histórico sobre los orígenes del capitalismo en la Europa Occidental en una *teoría filosófico-histórica sobre la trayectoria general* a que se hallan sometidos fatalmente todos los pueblos, cualesquiera que sean las circunstancias históricas que en ellos concurren. Esto es hacerme demasiado honor y, al mismo tiempo, demasiado escarnio.¹⁶

¹⁵ C. MARX, *El Capital*, tomo I, vol. II, p. 804.

¹⁶ *Ibid.*, tomo I. Apéndice de Cartas sobre el tomo I de *El Capital*. Carta de Marx a la redacción de la revista rusa *Atistschastwenie Sapiski*. 3ª edición del FCE, México, p. 712.

Estas opiniones no sólo muestran que Marx no fue, ciertamente, un marxista dogmático, sino que ayudan a comprender que para determinar la especificidad del subdesarrollo latinoamericano es preciso ahondar en el estudio de su diversidad, sin que ello implique, claro está, dejar de ver lo que haya de común y general en el proceso. Un problema adicional, sin embargo, consiste en que no es fácil establecer con precisión y sobre una base objetiva las principales etapas del desarrollo histórico, razón por la cual se vuelve riesgoso y hasta inaconsejable usar ciertos esquemas de periodización.

Nos parece claro, a estas horas, que al tratar de profundizar en el examen del subdesarrollo no iremos lejos si todo lo vemos como un gradual e incruento proceso de tránsito entre una economía "tradicional" y una "moderna". Mas, ¿podríamos emplear con provecho los esquemas con que trabajaron los historicistas alemanes a fines del siglo pasado? ¿Valdría la pena empotrar el subdesarrollo latinoamericano en el marco teórico y en la sucesión de etapas que nos propone el profesor Rostow? ¿Bastaría pensar en una condición estratégica decisiva, como el *big push* de que hablan Rosenstein-Rodan y otros autores? ¿O qué decir del esquema centro-periferia y de los periodos que sugieren ciertos economistas latinoamericanos?

En un reciente estudio, el profesor Sunkel, partiendo de que "la variable estratégica del proceso de transformación estructural en la periferia es la naturaleza de sus vinculaciones con el centro, así como los cambios que ocurren en [él]. . . y las reacciones que ello origina en . . . los países periféricos",¹⁷ formula un esquema de periodización, según el cual, desde principios del siglo xvi a la segunda mitad del xx, el desarrollo latinoamericano recorre tres fases fundamentales: la "mercantilista", de 1500 a 1750; la "liberal", de ese año a 1950, y la "actual", que cubre las dos últimas décadas. En cada una de ellas el autor distingue varios subperiodos, y, por lo que hace, específicamente, a la evolución de la periferia latinoamericana, sugiere los siguientes:

- 1500-1570: Conquista e institucionalización;
- 1570-1650: Apogeo;
- 1650-1750: Crisis y cambios;
- 1750-1820: Antecedentes de la Independencia;
- 1820-1870: Institucionalización de los Estados Nacionales;

¹⁷ OSVALDO SUNKEL y PEDRO PAZ, *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*, México, 1970, p. 272.

- 1870-1913: Apogeo del liberalismo y del modelo de desarrollo hacia afuera;
- 1913-1950: Industrialización por sustitución de importaciones;
- 1950: Crisis del modelo de industrialización por sustitución de importaciones;
- Creación de sociedades socialistas.

Observará el lector que la delimitación de las etapas principales parece responder a un criterio ideológico, aunque no totalmente desligado de los cambios propiamente estructurales. A la fase "mercantilista", como vemos, sigue la "liberal"; pero el criterio ideológico se abandona al designar a la última, simplemente, como "actual". Por lo que atañe a la evolución del "centro", más que tratar de situar a éste en un sistema socioeconómico general, el esquema deja la impresión de querer relacionar el carácter de aquél con el país que, en un momento dado, juega el papel de "potencia dominante". Este método, si bien no deja de tener interés, adolece del defecto de que parcela, fragmenta y aun diluye y vuelve confuso el desarrollo del capitalismo como formación socioeconómica, no pudiendo advertirse con suficiente claridad su impacto en la configuración del subdesarrollo y, especialmente, del capitalismo del subdesarrollo. Tan es esto así que al sistematizar el examen de la forma en que evoluciona la periferia —una fase sin duda crucial como es el último siglo— resulta, como en las explicaciones "desarrollistas" del doctor Prebisch y la CEPAL, un sencillo proceso que esencialmente consiste en: 1) el crecimiento hacia afuera, 2) el crecimiento hacia adentro y 3) la crisis de la política de sustitución de importaciones.

El esquema de que hablamos suscita, pues, múltiples y explicables dudas. La primera procede, a nuestro juicio, de la variable que se elige como estratégica en el modelo: la segunda obedece a que al ceñir el esquema al patrón de las relaciones centro-periferia se deja de apreciar la dinámica del desarrollo del sistema como un todo; la tercera consiste en que la delimitación de los periodos principales, tanto por su acento ideológico como por su falta de unidad conceptual y de continuidad histórica, no parece ser la más adecuada. Y una más podría ser que resulta muy discutible y aun inaceptable extender la fase "liberal" de 1750 a 1950, o sea a lo largo de doscientos años en los que se producen cambios estructurales profundos tan importantes como el tránsito de la fase propiamente competitiva a la del monopolio. En ésta última etapa, que se inicia en las postrimerías del siglo xix y cubre todo lo que va del presente, el viejo liberalismo, anterior digamos, a 1870, es en gran parte sustituido por el proteccionismo, los monopolios, el

control económico y aun militar de esferas de influencia, las crecientes rivalidades nacionales, el capitalismo monopolista de estado, la desintegración del capitalismo como sistema mundial, el nazifascismo, las guerras, la rápida expansión del socialismo, el agravamiento de las crisis y el deterioro cada vez mayor del mecanismo del mercado y del sistema de precios como regulador del proceso económico.

En fin, para comprender a fondo el subdesarrollo latinoamericano no basta tomar como rasgo distintivo de su evolución una secuela tan simple como lo que ha dado en llamarse el crecimiento “hacia afuera” y “hacia adentro”, como si tal crecimiento se hubiera producido al margen de ciertas transformaciones estructurales y, sobre todo, sin relacionarse directamente con el desarrollo del capitalismo latinoamericano, el que, por cierto, en el esquema de referencia no queda claro cuándo surge, cómo evoluciona y en qué medida sus cambios internos obedecen, reflejan, influyen y/o se vinculan a mutaciones del sistema en su conjunto.

Definir el curso que sigue el subdesarrollo y delimitar sus etapas principales no es, desde luego, una tarea sencilla. La historia es un flujo de relaciones complejas que se desenvuelven desigual y dialécticamente, no de manera uniforme ni paralela, y que se entrelazan de tal modo que a menudo sólo es posible distinguirlas con fines de ilustración y de análisis. Cuando se habla de ciertas etapas, por consiguiente, debemos comprender que no son tramos precisos cuyos límites estén nítidamente establecidos sino periodos amplios, sin líneas de demarcación tajantes, y que, como alguna vez decía Marx, podrían compararse a las eras de la historia geológica.

Conciente de tales limitaciones, en otro estudio, elaborado hace tres años, he propuesto un esquema de periodización¹⁸ que si bien se refiere al caso de México, quizá podría, con ciertos ajustes, servir de pauta o marco de referencia para el estudio del subdesarrollo a escala latinoamericana. En él se considera que, desde el siglo xvi hasta nuestros días, la estructura económica mexicana recorre cinco grandes etapas, a saber:

- I. De principio a fin del siglo xvi, cuando, en el marco de una sociedad precapitalista, la conquista española irrumpe violentamente y sienta las bases de una economía mercantil-colonial;

¹⁸ *Dialéctica de la economía mexicana*. México, 1968. Véase, además: “Cambios estructurales, etapas históricas y desarrollo económico en México”, en *Problemas estructurales del subdesarrollo*. México, 1971, pp. 269-313.

- II. De fines del xvi a principios del xvii, en que las relaciones mercantiles se generalizan, y la nueva economía se afianza y consolida;
- III. Desde las primeras décadas o acaso mediados del siglo xviii, hasta mediados del xix, en que bajo el impacto del desarrollo del capitalismo europeo, la revolución industrial inglesa, la liberalización de la política económica colonial, la revolución francesa y la derrota de España, la independencia de la Nueva España y otras colonias latinoamericanas, las relaciones mercantiles alcanzan su mayor desarrollo y al propio tiempo se entrelazan y empiezan a ser desplazadas por relaciones propiamente capitalistas que, sin embargo, no son todavía las dominantes. En esta etapa, por consiguiente, se producen el apogeo y también la descomposición y decadencia de la economía colonial;
- IV. De los años cincuenta y tantos a los ochenta o noventa del siglo xix, etapa decisiva en la que, en el marco de un rápido desarrollo capitalista, de la integración definitiva del mercado mundial y bajo los auspicios de la reforma liberal, —que fundamentalmente señala el inicio de una etapa en la que los campesinos son, como nunca antes, despojados masiva y a menudo violentamente de sus tierras y lanzados al mercado de trabajo— el largo proceso de desarrollo del capital comercial culmina en un nuevo sistema social: en una economía deformada y dependiente, distinta al capitalismo tradicional o clásico, pero indudablemente capitalista. A esta variante peculiar del capitalismo, cuya nueva misión histórica será servir, no ya de motor del desarrollo sino del subdesarrollo, hemos nosotros llamádole “capitalismo del subdesarrollo”;
- V. Desde fines del siglo xix hasta hoy, en que agotada la posibilidad de iniciar un desarrollo capitalista autónomo, nuestros países recorren la fase del imperialismo, una fase en la que el subdesarrollo se agudiza y en la que, pese a la Revolución Mexicana y a los movimientos reformistas de los años veinte y los “populistas” de los dos siguientes decenios, a las luchas antimperialistas y al crecimiento apreciable de las fuerzas productivas, el capitalismo latinoamericano afirma su dependencia y su incapacidad, podríamos decir, histórica, para impulsar el desarrollo nacional a la manera en que, en otros tiempos y bajo otras condiciones, lo hicieron Inglaterra y Francia, los Estados Unidos o incluso Alemania, Suecia y Japón.

En cada una de esas etapas es posible y aun conveniente distinguir dos o más subperiodos. Pero lo que deseamos no es desplegar aquí ni menos aún explicar en detalle el esquema antes mencionado; nos interesa más bien insistir en una cuestión metodológica que, incluso desde el punto de vista de su contenido y alcance es, a nuestro juicio, fundamental; a saber: que sin perjuicio de usar otros criterios, la delimitación de los periodos o fases principales debiera seguir de cerca los cambios estructurales que afectan el proceso que se estudia, es decir, tanto el tránsito de un modo de producción al siguiente como el desarrollo interno de cada formación específica; y la que más importa, en tratándose del subdesarrollo latinoamericano es, sin duda, la del capitalismo.

Es por ello que, en la cuarta etapa de nuestro esquema, al menos por lo que a México se refiere, encontramos hechos cuya importancia parece decisiva para la comprensión teórica del subdesarrollo. En esa etapa que, como ya hemos dicho, se inicia con la reforma liberal, culmina un largo periodo histórico, una fase que corresponde a lo que llama Marx "acumulación originaria" del capital, en la que no sólo se generalizan y afirman las viejas relaciones mercantiles sino que, dialécticamente, se transforman en relaciones capitalistas de producción¹⁹. Influyen en este cambio cualitativo múltiples factores: el desarrollo del capitalismo en otros países desde el siglo xvii y, sobre todo, desde fines del xviii; la obtención de la independencia política de los Estados Unidos y de América Latina, y otros ya mencionados que, en el curso de un proceso de acumulación mercantil, van creando lentamente las condiciones que más tarde harán surgir una sociedad capitalista deformada en nuestros países. Influyen, además, la reforma liberal, que si en ciertos momentos parece romper o suavizar la dependencia, en otros la agudiza; la integración de Latinoamérica a un verdadero mercado mundial, ahora sí estrictamente capitalista y cuya rápida expansión obedece a la no menos rápida industrialización de varios países y, en fin, el tránsito que entonces se produce de la fase de libre concurrencia a la monopolista en el desarrollo del sistema.

¿Por qué decimos que es entonces cuando se instaura el capitalismo, al menos en México? Porque tras de siglos de despojarse a las masas rurales de la tierra y de los medios para trabajarla, en

¹⁹ "...Todo el desarrollo del capital comercial tiende a... convertir más los productos en mercancías. Sin embargo, su desarrollo, considerado de por sí, es... insuficiente para llevar a cabo y explicar la transición de un régimen de producción a otro..." C. MARX, *El Capital*, tomo III, vol. I, p. 394.

esos años se consuma la desposesión del campesinado y la concentración de los recursos agrícolas en poder de la burguesía; porque en ellos se acelera la desintegración del artesanado y cobra impulso un modesto aunque no deleznable desarrollo industrial; se modernizan sectores importantes de la agricultura ante la creciente demanda interna y, sobre todo, externa, de materias primas y alimentos; se expande con rapidez la red ferroviaria, la que además de constituir un nuevo medio de comunicación y de transporte entraña una importante fuente de trabajo y, por tanto, de plusvalía, así como un dinamizador de la demanda de capital y del desarrollo en su conjunto. Porque es entonces, además, cuando se inicia una nueva etapa de expansión de la minería; cuando se incrementa el tráfico marítimo y se estrecha, por diversos conductos, la comunicación con otros países y, en general, con las nuevas corrientes comerciales y financieras; se expande el comercio exterior y altera sensiblemente la composición del intercambio y, sobre todo, cuando se integra en definitiva la economía nacional al mercado capitalista mundial, se generaliza la propiedad privada de la tierra y de los principales medios de producción, cobra impulso la explotación del trabajo asalariado en el campo y las ciudades y se configura un mercado laboral y de capitales y una estructura de clases en que el proletariado toma, en la pirámide social, su lugar de clase desposeída y explotada, en tanto la burguesía deviene clase dominante-dominada, característica del capitalismo del subdesarrollo.²⁰ En otras palabras, si bien se abren paso lentamente desde tiempo atrás las relaciones capitalistas, en el contexto de una economía mercantil en transición, es en la segunda mitad, y especialmente en los últimos lustros del siglo xix, cuando tales relaciones adquieren una significación que permite afirmar: el capitalismo se ha convertido en el sistema social imperante.²¹

²⁰ Véase: ALONSO AGUILAR M., *Teoría y política del desarrollo latinoamericano*. México, 1967, así como *Dialéctica de la economía mexicana*. México, 1968.

²¹ En el caso de México, en particular, acaso debamos subrayar la importancia de estos hechos: 1) aunque, como antes señalamos, la descomposición o desposesión de la tierra de que es víctima el campesinado se realiza a lo largo de todo el periodo colonial, todavía en la primera mitad del siglo xix queda una gran proporción de campesinos con tierra, respecto a los cuales importa más explotar el producto de su trabajo que su fuerza de trabajo. Es fundamentalmente, a partir de la Ley Lerdo y la nacionalización de los bienes eclesiásticos, en 1856-59; y de allí a los años ochenta —en que se generaliza la política porfirista de colonización y se despoja violentamente a las principales comunidades indígenas de las tierras que hasta entonces habían logrado retener en su poder—, cuando la naciente burguesía terrateniente, y a la vez

Como se sabe, es muy difícil y aun riesgoso determinar cuándo se vuelve el capitalismo la formación dominante en cada uno de nuestros países. Mientras algunos autores tienden a asociar tal hecho al momento en que se generaliza o cobra cierta importancia la producción mercantil, otros, desde el extremo opuesto, parecen sugerir que el capitalismo surge en años muy recientes, hace apenas dos o tres décadas, cuando la industrialización adquiere algún relieve y la población asalariada constituye gran parte de la fuerza de trabajo.

En nuestro concepto ambas posiciones son absolutistas e incorrectas. Las relaciones propiamente capitalistas aparecen, desde luego, antes que el capitalismo como sistema, como nuevo modo de producción. Durante una etapa que incluso parece haber sido muy larga, tales relaciones empiezan a abrirse paso en una economía de transición, en un contexto precapitalista que, pese a su profunda —y en un sentido histórico irreversible— descomposición, sigue siendo dominante. Mas a partir de cierto momento los cambios de grado se vuelven de esencia, las nuevas y cada vez mayores cantidades en que se expresa

capitalista, se apropia de la mayor parte de los recursos agrícolas; 2) es entonces cuando la mano de obra está ya en condiciones de ser masivamente incorporada al nuevo mercado de trabajo, al que no sólo afluyen los campesinos sin tierra y los asalariados incorporados de tiempo atrás a múltiples talleres, sino los artesanos a los que la industria y el comercio moderno obligan también a convertirse en obreros; 3) es entonces cuando, además, a consecuencia de la rápida industrialización capitalista y de la formación del mercado mundial, surge la posibilidad de utilizar la mano de obra recién liberada en múltiples nuevas actividades: exportación de productos agropecuarios; construcción y operación de un nuevo sistema de transportes y comunicaciones; producción industrial local; modernización y expansión de la producción de metales industriales; impulso de la infraestructura de servicios públicos y privados; 4) en fin, es entonces cuando se han creado las condiciones para que la relación capital-trabajo, esencial al proceso capitalista, se imponga en definitiva y empiece a cobrar cada vez mayor importancia, aunque como hemos de ver más de cerca en las páginas siguientes, tal relación no se configurará a la manera clásica.

Lo anterior no sólo parece ser así por lo que hace a los elementos fundamentales de la estructura productiva, sino también en tratándose de la superestructura jurídica, política y cultural. En efecto, el nuevo régimen constitucional del país toma cuerpo definitivo en el código de 1857, al que después se incorporan las llamadas "Leyes de Reforma"; la lucha de la naciente burguesía y de la pequeña burguesía liberales contra el clero triunfa en 1860; la intervención extranjera es derrotada y, por tanto, el nuevo estado republicano se consolida en 1867 y, por último, en los años ochenta se realiza, bajo la influencia del positivismo, la reforma educativa nacional que había venido gestándose desde años atrás, y que, como las anteriores, era necesaria para el desarrollo capitalista.

el crecimiento de múltiples variables, dan lugar a situaciones cualitativamente nuevas.

A riesgo de subrayar algo que a primera vista podría parecer a algunos enteramente obvio, conviene tener presente que en tanto el dinero se generaliza, incluso a escala internacional, bajo la economía mercantil, ello no ocurre así con el capital:

Las condiciones históricas de existencia de éste no se dan, ni mucho menos, con la circulación de mercancías y de dinero. El capital sólo surge allí donde el poseedor de medios de producción y de vida encuentra en el mercado al *obrero libre* como vendedor de su fuerza de trabajo, y *esta condición...* envuelve toda una historia universal... y marca... una época en el proceso de la producción social.

Lo que caracteriza, por tanto, la época capitalista es que la fuerza de trabajo asume, para el propio obrero, la forma de una mercancía que le pertenece, y su trabajo, por consiguiente, la forma de trabajo asalariado. Con ello se generaliza, al mismo tiempo, la forma mercantil de los productos del trabajo.²²

Sin intentar detenernos en el examen teórico general de estas cuestiones pues ello nos desviaría del propósito central del presente ensayo, acaso sea útil tratar de aclarar ciertos puntos que, no obstante su importancia, suelen darse por supuestos y aun dejarse de lado e ignorarse en múltiples estudios.

El capitalismo latinoamericano no surge, como algunos parecen creerlo, inopinada, súbitamente. Con frecuencia se sugiere que al desarrollarse el sistema en otros países los nuestros adoptan de inmediato, en forma mecánica, la nueva estructura socioeconómica, como si el capitalismo del subdesarrollo se configurara, *pari passu*, con la expansión del capitalismo en su conjunto y como mero reflejo o función de éste. Conforme a tal esquema el sistema resulta, por un lado, no un fenómeno que se produzca de manera dialéctica sino deriva-

²² C. MARX, *El Capital*, México, 1946, tomo I, vol. I, p. 188 (texto y nota de pie). "Para el capitalismo —dice a su vez DOBB— no basta que haya comerciantes, especuladores, financieros, hombres de negocios que acumulen capital... es preciso que ese capital se destine a la producción de plusvalía en diversas ramas de la producción..." O en otras palabras: el capitalismo se impone como modo de producción, cuando "las relaciones propiamente capitalistas... se imponen como las dominantes y ejercen una influencia mayor en el proceso de desarrollo..." MAURICE DOBB, *Studies in the development of capitalism*, Londres, 1946, pp. 8 y 11.

da, pasiva, funcional, y por el otro, lejos de ser un proceso anárquico y profundamente contradictorio y desigual, aparece como algo que se desenvuelve con singular, extraña uniformidad. Es decir, a partir del hecho cierto de que el capitalismo se expande en varios países y aun en conjunto como un nuevo sistema social, y no como expresión de cambios secundarios de alcance meramente nacional, se cae en una identidad simplista y peligrosa, se menosprecia el estudio del proceso como éste se da en el interior de cada uno de los países subdesarrollados y, sin tomarse siquiera el trabajo de comprobarlo, se sugiere que, al generalizarse el nuevo modo de producción en dichos países, adopta una fisonomía análoga a la de la metrópoli. Incluso llega a insinuarse, en una posición dualista similar a la que se ofrece en el esquema del "enclave", que lo único capitalista en los países dependientes suele ser el contacto con el exterior, lo que equivale a postular que el capitalismo no es un fenómeno histórico que surja a consecuencia de un complejo desarrollo en el que se entrelazan, se funden y a menudo, confunden, los factores internos y externos, sino una situación externa, artificial y en el fondo extraña e impuesta desde arriba al país que la sufre.²³

En otros esquemas se procede en cierto modo a la inversa: se desconoce o al menos se subestima la importancia del fenómeno capitalista en ascenso, o bien, arbitrariamente, se tiende a divorciar lo que acontece en los centros metropolitanos y en general en los países económicamente más avanzados, de lo que ocurre en la periferia del sistema, a la que se supone feudal, semifeudal o simplemente rezagada, en un sentido histórico, respecto de aquéllos.

El capitalismo europeo, y más tarde el norteamericano, ejercen sin duda una influencia decisiva en la configuración del capitalismo latinoamericano; empero éste tiene su propia historia, su manera de ser particular, una calidad específica que, en última instancia, resulta de las condiciones peculiares en que se produjo su desarrollo y en que las relaciones capitalistas llegaron a ser las dominantes. Esto es, así como los países hoy subdesarrollados no podían quedar al margen del fenómeno capitalista en los últimos siglos, sino que serían incorporados y aun convertidos en víctimas inocentes de ese desarrollo, no

²³ Tal sugiere, por ejemplo, la siguiente opinión de HENRY SÉE: "No hay duda que el capitalismo moderno ha ido invadiendo gradualmente una gran parte del campo de la producción; pero dicha invasión no ha sido completa. En las mismas regiones en que el capitalismo se ha desarrollado más, la pequeña industria no ha desaparecido del todo... ¡Y cuántos son los países donde el contacto con el capitalismo está limitado a las relaciones con el exterior!" *Orígenes del capitalismo moderno*. México, 1961, p. 140.

podría aceptarse que Latinoamérica se haya vuelto capitalista como por encanto, de la noche a la mañana, y por obra del mero contacto con el capitalismo extranjero. El capitalismo latinoamericano no nació incruentamente ni, menos todavía, mágicamente. Lo hizo en un alumbramiento doloroso en el que culminó un largo proceso de explotación y de violencia; a ello obedece que, para explicarlo teóricamente, sea esencial comprender la forma en que nace y los factores históricos que condicionan su aparición.

Hasta ahora poco se ha estudiado, en tratándose de América Latina, el contexto histórico y los mecanismos a través de los cuales las relaciones mercantiles, imperantes desde la época colonial, devienen relaciones propiamente capitalistas. Los autores no marxistas no prestan, en general, atención a tal fenómeno, y aun los marxistas parecen interesarse, preferentemente, en demostrar cómo y por qué la explotación colonial contribuyó a impulsar el desarrollo de las fuerzas productivas y del capitalismo en los países metropolitanos, a la vez que a frustrarlo en las naciones sometidas. En un reciente artículo sobre el tema, el profesor Ernest Mandel hace notar que:

Los países hoy subdesarrollados contribuyeron sin duda grandemente a la acumulación originaria de capital en los países industrializados... y desde luego, de la de ellos mismos. De unos cuantos países hoy atrasados (la India, Indonesia, América Latina) ... resultan más de 1 000 millones de libras de oro (extraídas por los europeos) o sea, más que el valor de todo el capital invertido en todas las industrias europeas por el año 1800...²⁴

Lo anterior es innegable, y a estas horas, bien conocido sobre todo en el llamado "Tercer Mundo". Independientemente de otras fuerzas que, desde antes del siglo XVI, empujaban el desarrollo de varios países de Europa hacia el capitalismo, es indudable que la explotación mercantil de otros pueblos contribuyó a acelerar ese proceso. Pero, ¿qué ocurrió en la economía de éstos? ¿surgió o no allí un mercado interior? ¿cómo funcionó este mercado, o por qué, en su caso, no apareció?²⁵

²⁴ E. MANDEL. "La teoría marxista de la acumulación primitiva y la industrialización del tercer mundo." *Pensamiento Crítico*, no. 36, La Habana, Cuba.

²⁵ "El papel del colonialismo en la supresión de la actividad empresarial nativa, rara vez es objeto de la consideración cuidadosa que merece." ROBERT I. RHODES, "The disguised conservatism in evolutionary development theory", *Science and Society*, Nueva York, otoño de 1968, p. 394.

Abundan los datos que comprueban que a lo largo de siglos, Latinoamérica, al igual que Asia y Africa, fue despojada de gran parte del excedente comercial que, pese a todos sus tropiezos y vicisitudes, fue capaz de generar. La succión del potencial de ahorro de los países coloniales contribuyó, pues, en forma no desdeñable, a hacer más ricas a las naciones ricas y a acelerar en ellas el desarrollo capitalista; pero tal fenómeno condicionó también, e incluso deformó profundamente y gravemente, el desarrollo de aquéllos.²⁶

Se reitera, a menudo, que el capitalismo supone un mercado exterior y aun una red de relaciones económicas internacionales en que participe un número de países cada vez mayor; lo que, efectivamente, es así.²⁷ Pero se olvida que lo esencial para que surja y se desenvuelva tal modo de producción en un país determinado es el mercado interior. Sin mercado interior no hay, no puede haber, capitalismo.²⁸ Cuando más, se daría una u otra forma de vinculación con una economía capitalista puramente exterior, y especialmente con aquellas que operan como economías hegemónicas, cuya influencia podría ser innegable, pero cuyo modo de funcionamiento y cuya estructura misma no podrían adoptarse caprichosamente, y sin que en el país que los hace suyos se realicen ciertos cambios decisivos.

Cierto es que algunos autores parecen pensar que el capitalismo, concretamente en los países hoy subdesarrollados, es un fenómeno meramente externo, algo que viene de fuera, que irrumpe incluso inesperadamente, a la manera en que, a través de la conquista y con la cruz y la espada por delante, penetró en Latinoamérica a principios

²⁶ El profesor BARAN, en un bien conocido pasaje de su *Economía Política del crecimiento*, señala que: "La irrupción del capitalismo occidental en los hoy países subdesarrollados, al precipitar con irresistible energía la maduración de algunas de las condiciones básicas para el desarrollo de un sistema capitalista, bloqueó con igual fuerza el crecimiento de las otras..."; su desarrollo —añade— "fue violentamente desviado de su curso normal, fue deformado y mutilado para que se adaptase a los objetivos del imperialismo occidental." pp. 168-69.

²⁷ "...no es posible imaginarse una nación capitalista sin comercio exterior, además de que no existe." V. I. LENIN, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Moscú, 1950, p. 43.

²⁸ Es tan íntima y de tal naturaleza la relación entre mercado interno y capitalismo que LENIN, por ejemplo, dice al respecto: "...la cuestión del mercado interior no existe en modo alguno como problema separado e independiente, no supeditado al grado de desarrollo del capitalismo... El «mercado interior» para el capitalismo se crea por el propio capitalismo en desarrollo..." O en otras palabras: "El grado de desarrollo del mercado interior o el grado de desarrollo del capitalismo en el país." V. I. LENIN, *ibid.*, p. 47.

del siglo XVI, el capital comercial. De haber sido ello así parecería que el curso del subdesarrollo ha sido, simplemente, inverso al del desarrollo. En éste es la creación y expansión del mercado interior el centro del proceso y lo que hace posible el advenimiento del nuevo modo de producción capitalista; en aquél, en cambio, resultaría que es la irrupción de una economía capitalista extraña, la que al penetrar al seno del país atrasado crea, o si se prefiere, impide, la formación del mercado interior. Mas, sin poner en duda la influencia que el contacto y la penetración de economías capitalistas más avanzadas ejercen sobre el subdesarrollo, no creemos que, en el caso específico de Latinoamérica, pueda ignorarse o menospreciarse su propia historia, es decir, la forma peculiar en que su economía mercantil se desenvuelve a lo largo de más de 300 años.

Las formaciones sociales no se diseminan como las enfermedades contagiosas: surgen a consecuencia de un desarrollo previo; y así se forma, concretamente, el mercado, que como se sabe es una categoría histórica. De aquí nuestra insistencia en cuanto a que, para ahondar en el estudio del subdesarrollo, es menester examinar la forma en que se desenvuelve el capitalismo; y para comprender esto último es necesario seguir de cerca el desarrollo del mercado y, específicamente, la fase que va desde el momento en que el producto del trabajo se convierte en objeto de cambio, en mercancía, hasta aquel en que adquiere tal carácter la fuerza misma de trabajo. El estudio de la acumulación originaria del capital no sólo no es, por tanto, una cuestión especulativa o secundaria, sino algo fundamental para entender cómo se origina el subdesarrollo y toman cuerpo las más graves deformaciones de nuestras economías.

El proceso de que hablamos no aparece, desde luego, en el mismo momento ni adopta idénticas modalidades en todas partes, o siquiera en el escenario latinoamericano. Cuando en Inglaterra, por ejemplo, está a punto de concluir, apenas se inicia en otras naciones europeas; y cuando en Holanda, Francia y los Estados Unidos se ha instaurado en definitiva el capitalismo, en México, y en general en América Latina, el mercado recorre todavía la fase propiamente mercantil y el capital sigue siendo, en gran medida, un capital fundamentalmente comercial.

¿Y no podría afirmarse, debido a que gran parte del excedente se sustrae y envía año por año a la metrópoli, que el régimen colonial volvió imposible o al menos retrasó grandemente la acumulación primitiva del capital en Latinoamérica? La explotación colonial fue, es innegable, un factor decisivo del accidentado y lento desarrollo de nuestros países, sin el cual las cosas habrían, seguramente, marchado

mejor. A consecuencia de ella la dirección del proceso económico fue inadecuada, el monto del excedente a disposición de las colonias fue pequeño e insuficiente para impulsar un desarrollo interno vigoroso, y muy grande la proporción del mismo que por diversos canales se hizo llegar a España o que a través de ésta contribuyó a enriquecer a Inglaterra, Holanda y otros países en los que el capitalismo maduró en una época temprana.²⁹ Pero ello no bastaría para sostener que no haya habido, en América Latina, una etapa de acumulación primitiva. En un sentido estricto, el propio hecho de que buena parte de la modesta riqueza de entonces se fugara al extranjero, el que nuestros países fueran —como lo fueron en realidad— literalmente saqueados, demuestra que no solamente se dio esa etapa de acumulación precapitalista sino que, en su seno y a consecuencia de ella se formó y a la vez deformó el mercado interno que, siglos después, acabaría por convertirse en un mercado capitalista.

Acaso no sea ocioso recordar, pues a menudo se cae en graves confusiones al respecto, qué es lo esencial del proceso de acumulación originaria y cuál es su relación fundamental con el desarrollo del mercado y, por tanto, del capitalismo.

La acumulación originaria del capital no consiste, únicamente, en la concentración paulatina de una cada vez mayor riqueza mercantil, o sea de una masa de mercancías o de dinero derivada del comercio, de la compraventa de los más diversos productos, consiste sobre todo en un desarrollo del mercado que cumple, entre otras funciones, la de convertir el dinero en capital; en una “polarización” que altera las relaciones productivas básicas, que “crea” a los capitalistas, de un lado, y a los trabajadores asalariados, del otro, dejando en manos de aquéllos los medios de producción y en poder de éstos la energía, la capacidad productiva, la fuerza de trabajo.

“La llamada acumulación originaria no es, pues, más que el proceso histórico de disociación entre el productor y los medios de producción...”³⁰ Y por otro lado, no es “...fruto del régimen capita-

²⁹ Como dice BARAN: “La remoción de una gran parte del excedente corrientemente generado y previamente acumulado por los países afectados, no podía sino causar un serio retroceso de su acumulación primaria de capital” *Op. cit.*, p. 168.

³⁰ “Con esta polarización del mercado de mercancías —señala Marx— se dan las dos condiciones fundamentales de la producción capitalista... El proceso que engendra el capitalismo sólo puede ser uno: el de disociación entre el obrero y la propiedad sobre las condiciones de su trabajo, proceso que de una parte convierte en capital los medios sociales de vida y de producción, mientras de otra parte convierte a los productores directos en obreros asalariados...” C. MARX, *El Capital*, tomo I, vol. I, p. 802.

lista, sino punto de partida de él”.³¹ O como dice Dobb: “El «capitalismo mercantil» no es una fase del capitalismo; es más bien un prerequisite, una fase previa...”³²

Hay, aquí, varias cuestiones que debieran quedar bien claras: 1) Lo esencial de la acumulación originaria del capital no es, como su nombre pudiera sugerirlo, la acumulación misma de capital; es más bien la separación, la disociación, el divorcio casi siempre violento y aun brutal, del productor y sus medios de producción. 2) En segundo lugar, no se trata, como suelen decirlo quienes aún hoy pretenden justificar la existencia de ricos y pobres bajo el capitalismo, de un fenómeno natural, y por ello fatal e inexorable,³³ sino de un proceso social, histórico, que en una fase de su desarrollo acompaña a la producción mercantil. Acumulación originaria y producción mercantil no son, por tanto, sinónimos. Aquella es una modalidad específica de ésta, un fenómeno particular que se da en el contexto de una economía mercantil, por cierto bastante avanzada ya en su desarrollo. Por ello no es casual que Marx señale:

La circulación de mercancías es el punto de donde arranca el capital. La producción de mercancías y su circulación desarrollada, o sea, el comercio, forman *las condiciones históricas previas* bajo las que surge el capital. La biografía moderna del capital se abre en el siglo XVI, con el comercio y el mercado mundiales.³⁴

La acumulación originaria no es tampoco, por consiguiente, como algunos parecen creerlo, un invento más o menos ingenioso de Marx, o tan sólo un rasgo característico del desarrollo del capitalismo inglés, al que dicho autor tomara como modelo en sus estudios teóricos, es una fase históricamente necesaria del desarrollo del capital y del capitalismo, precisamente aquella en la que, bajo la acción combinada de múltiples fuerzas, las relaciones mercantiles se desenvuelven y empiezan a convertirse en relaciones capitalistas de producción.

La significación histórica de esa etapa, su importancia para el desarrollo del capitalismo es, pues, enorme ya que “la expropiación y el desahucio de una parte de la población rural, no sólo deja a los obreros sus medios de vida y sus materiales de trabajo disponibles para que el capital industrial los utilice, sino que además *crea el mer-*

³¹ *Ibid.*, p. 80.

³² MAURICE DOBB. *Op. cit.*, p. 17.

³³ *Ibid.*, p. 163.

³⁴ C. MARX, *El Capital*, tomo I, vol. II, (cursivas nuestras).

cado interior..."³⁵ Es decir: "La acumulación originaria acaba con la propiedad privada en el propio trabajo y refuerza la propiedad privada basada en la explotación del trabajo ajeno".³⁶

En México, en particular, podría sostenerse que el capitalismo —y por consiguiente el subdesarrollo— se gesta entre la segunda mitad del siglo xvi y fines del xix. En ese largo período no sólo se vincula la economía mexicana —hasta integrarse plenamente— con el mercado internacional, sino que surge el mercado interior, se desenvuelve como un mecanismo que influye cada vez más en el proceso económico, y se convierte, a la postre, en un mercado capitalista en que la explotación del trabajo asalariado, pese a no abarcar todavía ciertos sectores de actividad, tiene ya suficiente amplitud e importancia como expresión del desarrollo de las nuevas relaciones de producción.

En parte, el fenómeno a que nos referimos se desenvuelve en forma análoga a la de otros países. Aquí también el tránsito hacia el capitalismo supone un largo proceso en el que surge y cobra impulso la pequeña producción mercantil, primero, y empieza, después, a separarse al productor de sus medios de trabajo, como condición histórica para que éstos se concentren en una clase parasitaria y la mano de obra "libre" afluya al mercado. Pero ahí concluye la semejanza; y a ello obedece que el capitalismo del subdesarrollo no sea una mera repetición del modelo clásico capitalista.

En México y, en general en América Latina, el proceso de desarrollo no es independiente. Por el contrario, bajo el régimen colonial se subordina en su totalidad a los intereses de la metrópoli, y aún después de conquistarse la emancipación política sigue siendo económicamente dependiente. España y Portugal mismas, tras un breve lapso de auge mercantil en que su fuerza económica y su prestigio político llegan a ser innegables, quedan a la zaga de Holanda e Inglaterra como potencias de segundo orden, y su atraso influye, en no pequeña medida, sobre las colonias.

Pero acaso lo más grave, a la vez que lo más característico del régimen colonial, consiste en que si bien la conquista marca el punto de partida de una nueva economía, en que las relaciones mercantiles acabarán por imponerse a través de medios tan variados como la encomienda, los repartimientos, el tributo, la hacienda, las plantaciones tropicales, los ranchos ganaderos, el empleo del dinero, la piratería, el contrabando, la explotación de las minas, los talleres artesanales y los obrajes, el comercio interior y exterior, las comunicaciones,

la política del gobierno y de la iglesia coloniales, el robo, el fraude y el despojo masivo y sistemático de las comunidades indígenas. Si bien todo ello, repetimos, contribuye a acelerar el proceso mercantil en la dirección en que otros países habían logrado ya significativos avances, es la propia metrópoli la que, en mayor medida, obstaculiza su desarrollo; la que detiene y desvía el curso natural del proceso y la que, paradójicamente, contribuye a crear y a agudizar las contradicciones que, en última instancia, acabarían por destruir su otrora vasto y poderoso imperio. España y Portugal no se conforman con extraer, retener y aun aislar físicamente del proceso productivo una parte sustancial del excedente generado por sus colonias. Prohíben, además, la creación y ampliación de sus manufacturas, impidiendo así la única forma de utilización del pequeño potencial de crecimiento que queda en ellas, capaz de acelerar su desarrollo y de impulsar, adecuadamente, el mercado interior.

Son bien conocidas las prohibiciones destinadas a impedir el desarrollo de la industria en la Nueva España como condición para asegurar el monopolio metropolitano en la producción y el comercio de ciertos géneros. Y la técnica no es, desde luego, exclusivamente ibérica. Inglaterra la emplea en la India e incluso en Irlanda, y Francia y Holanda la utilizan también en sus dominios afroasiáticos.³⁷ Pero veamos más de cerca la forma en que la política colonial española frena el desarrollo en las colonias y condiciona todo el proceso de formación y desarrollo del mercado interno, pues no basta subrayar que tal política fue funesta.

El impulso de las manufacturas en la etapa propiamente mercantil tiene una significación que difícilmente puede exagerarse. De ellas

³⁷ "Los diversos países se jactaban cínicamente de todas las infamias que podían servir de medios de acumulación de capital". "En los países secundarios sometidos a otros se exterminó violentamente toda industria, como hizo por ejemplo Inglaterra con las manufacturas laneras en Irlanda". C. MARX, *El Capital*, tomo I, vol. II, pp. 849 y 847. Y no sólo eso: la propia Inglaterra "...destruyó todo el entramado de la sociedad hindú... Esta pérdida de su viejo mundo, sin conquistar otro nuevo, imprime un sello de particular abatimiento a la miseria del hindú y desvincula al Indostán gobernado por la Gran Bretaña de todas sus viejas tradiciones y de toda su historia pasada". C. MARX, "La Dominación Británica en la India", en MARX y ENGELS, *Acercamiento del colonialismo*, Moscú, p. 34. En el mismo sentido, otro autor, dice: "El estudio serio de la historia colonial demuestra la falsedad de la idea optimista de que el contacto entre los sectores tradicionales y los modernos conduce al desarrollo económico". "La penetración de la economía de mercado destruyó viejas civilizaciones, las manufacturas y la agricultura; pero no trajo consigo la modernización". ROBERT I. RHODES. *Op. cit.*, pp. 401 y 402.

³⁵ *Ibid.*, p. 851.

³⁶ *Ibid.*

no sólo depende que la producción se diversifique sino que las formas de organización económica se modernicen, la productividad aumente y, sobre todo, se amplíe la división del trabajo y crezca con ella el mercado interior. La técnica de la manufactura es, pues, necesaria para que el capital comercial se desenvuelva.³⁸

Las manufacturas, sin embargo, no surgen caprichosamente. Aparecen cuando los pequeños talleres artesanales han cobrado cierta importancia y cuando se han formado capitales mercantiles de alguna consideración y se dispone ya de un número suficiente de trabajadores. Pues bien, España nunca deja concentrar —y por tanto reinvertir y hacer crecer— el capital comercial en sus colonias y, de paso, tampoco lo transforma en capital industrial en su propio territorio. El excedente mercantil convertido casi siempre en dinero o metales preciosos, en lugar de ser la base de un naciente capital se fuga al extranjero y en buena parte se dilapida sin provecho siquiera para España, y el exiguó remanente que queda en la colonia y que, a pesar de todo, crece poco a poco, casi nunca se invierte en la industria y menos en aquellas que otros países reclaman para sí. En realidad no sólo fueron prohibidas las manufacturas sino incluso violentamente destruidas por el gobierno colonial. Y cuando, entrado ya el siglo XVIII, la metrópoli empieza a ser incapaz de hacer respetar sus prohibiciones y ciertas industrias logran —así sea clandestinamente— un mínimo desarrollo, el capitalismo británico-holandés —cuyas variadas y baratas manufacturas saltarían todas las barreras— y el naciente mercado mundial, se encargan, por medios más indirectos pero no menos eficaces, de impedir la creación y expansión de la industria.

La ausencia de un desarrollo manufacturero-mercantil cuando ya había condiciones objetivas propicias para lograrlo, tuvo gran significación histórica, pues aunque la producción de mercancías llegó a tener bastante importancia, la expansión del mercado fue lenta y nunca pudo autosostenerse. En efecto, la producción siempre fue relativamente pequeña y poco diversificada, costosa, y con frecuencia de baja calidad. La demanda de mano de obra no creció al ritmo a que podía haberlo hecho bajo la influencia de una industria manufacturera doméstica y la propia oferta no se vio engrosada con los nuevos brazos y los nuevos oficios que, de haberse contado con una industria en desarrollo, habrían surgido a consecuencia de una cada vez

³⁸ "...el volumen mínimo progresivo del capital concentrado en manos de cada capitalista, o sea, la transformación progresiva de los medios de vida y de los medios de producción de la sociedad en capital es una ley que brota del carácter técnico de la manufactura". C. MARX, *El Capital*, tomo I, vol. I, p. 399.

mayor división del trabajo y del desplazamiento que, seguramente, se habría operado desde el campo a las ciudades al elevarse la productividad rural y comercializarse la agricultura. En cuanto al incipiente mercado de capitales, o más estrictamente de dinero, el éxodo constante del potencial de ahorro hacia la metrópoli y la dilapidación, el atesoramiento y el gasto improductivo internós de lo que quedaba en el virreinato, determinaron una crónica escasez de fondos que, no pocas veces, contribuyó a que ciertas actividades dejaran de crearse o se vieran postergadas por falta de recursos financieros.

Al concluir, en lo fundamental, la fase de acumulación primitiva y crearse las condiciones históricas que harían posible el predominio de la producción capitalista, Inglaterra y otros países recorrieron una etapa de rápida industrialización, que a la vez que contribuyó grandemente a expandir el mercado interno —a través de la explotación de la mano de obra expulsada del campo y los talleres artesanales urbanos— robusteció el nuevo sistema y consolidó la independencia de esas naciones que, al industrializarse, se convirtieron en las nuevas potencias dominantes. El desarrollo industrial adoptó modalidades y ritmos diferentes en cada país; pero, con todas sus variantes, pronto pudo advertirse que rebasaba las fronteras nacionales, y aun llegó a asociarse, mecánicamente, al advenimiento del capitalismo, como si la sola instauración de tal sistema debiera, *per se*, significar la liberación del atraso y el rápido, aun inmediato y espectacular crecimiento de las fuerzas productivas.

El error era, en verdad, comprensible; las relaciones económicas se internacionalizaban de prisa, y ante el auge manifiesto de unos cuantos países, fácilmente podía pensarse que su afluencia, más que obedecer a una situación privilegiada, era reflejo y signo general del ascenso capitalista. Como a menudo habría de ocurrir en adelante, se confundía lo característico del sistema como tal con lo que eran rasgos o elementos privativos del modelo británico u otras economías hegemónicas.³⁹

³⁹ Aun MARX y ENGELS, convencidos de que "...la burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción, y con ello todas las relaciones sociales..."; conscientes de que esa burguesía creó, en solamente un siglo "...las fuerzas productivas más abundantes y más grandiosas que todas las generaciones pasadas juntas...", y de que "merced al rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y al constante progreso de los medios de comunicación, la burguesía arrastra a la corriente de la civilización a todas las naciones, hasta a las más bárbaras..." conscientes en fin, del innegable potencial renovador del capitalismo y de su clase dominante, en una

De haber surgido, en el último tercio del siglo XIX, una pujante industria nacional en Latinoamérica, una industria moderna y diversificada como la que se establece en los Estados Unidos después de la Guerra de Secesión, en Alemania desde los años cincuenta, y sobre todo después de 1871, o en Japón, a partir de la llamada "Restauración Meiji", la fase de acumulación primaria del capital se habría eslabonado con la siguiente etapa del proceso, o sea con aquella en que el advenimiento del capitalismo, como nuevo modo de producción, impulsa, y sobre todo, transforma en otros países la acumulación de capital comercial en acumulación de capital industrial. Pero el capitalismo del subdesarrollo funciona, desde su nacimiento, de manera diferente. Y cuando sólo una expansión interna acelerada y un rápido incremento de la producción de bienes de producción habría sido capaz de absorber el grueso de la mano de obra y canalizar la creciente fuerza de trabajo que el propio proceso económico lanzaba al mercado, lo que se dio fue una nueva ruptura: si antes se había frustrado en gran medida el desarrollo propiamente manufacturero, ahora no se produciría el tránsito de las pequeñas y medianas empresas a la gran industria. En lugar de ello se realizaría un ajuste, un reaco-

época pensaron, como lo revelan las afirmaciones anteriores (procedentes del *Manifiesto comunista*, C. MARX y F. ENGELS, *Obras escogidas*, Moscú, 1951, tomo I, pp. 25 y 26), y muchas otras similares presentes en sus escritos, que al instaurarse el nuevo sistema en cada país, su desarrollo económico se aceleraría de inmediato, agudizándose las contradicciones que le son inherentes y empezándose a crear, a la vez, las condiciones históricas de su derrocamiento. Acaso por no haberse iniciado todavía la fase propiamente imperialista no repararon en que los países dependientes serían explotados como nunca antes y que sólo alteraría todo el curso de su desenvolvimiento capitalista y lanzaría a sus pueblos —más que a los obreros de las naciones industriales— a una lucha antiimperialista, verdaderamente revolucionaria.

Su pensamiento, sin embargo, se modificó apreciablemente años más tarde. En varios pasajes de *El Capital*, MARX se refiere, por ejemplo, al problema de Irlanda. "Inglaterra, país capitalista y predominantemente industrial —escribese— habría quedado exangüe si la hubieran sometido a una sangría como la que ha sufrido la población irlandesa..." Y en una carta a Engels, dice: "Cuando más ahondo en el tema, tanto más claro veo que la invasión inglesa ha impedido totalmente a Irlanda desarrollarse y la ha lanzado varios siglos atrás..." "He creído durante mucho tiempo —añade— que la ascendencia de la clase obrera inglesa permitiría derrocar el régimen irlandés... Un estudio más serio me ha convencido de lo contrario... En Irlanda es en donde se debe poner la palanca. Por eso la cuestión irlandesa tiene tanta importancia para el movimiento social en general". C. MARX, *El Capital*, tomo I, vol. I, p. y *Acerca del colonialismo*.

modo fundamentalmente pasivo y desfavorable a las nuevas exigencias creadas por el mercado mundial y el naciente imperialismo.

Pero podría objetarse: ¿Y no sería más justo decir que, en tal virtud, la economía mexicana y de otros países latinoamericanos siguió siendo entonces fundamentalmente mercantil, más que capitalista? ¿No acaso la sola ausencia de una industria propia y de una rápida industrialización indica que el proceso capitalista se frustra o al menos retrasa respecto a otras naciones? Ya vimos que, indudablemente, el crecimiento económico se vuelve más lento y accidentado en la fase propiamente mercantil, lo que por fuerza debe haber afectado las condiciones del tránsito hacia la nueva formación capitalista. Pero si algo se frustra no es el capitalismo: más bien es la acción de éste y no, por cierto, de la casualidad, lo que a partir de entonces impedirá un genuino desarrollo, un progreso independiente análogo al que otros países habían logrado años atrás.

En la economía mexicana del porfiriato, como seguramente en Argentina, Uruguay, Chile, Brasil, Cuba y otros países latinoamericanos abundan los signos que comprueban que, hacia fines del XIX, las relaciones capitalistas de producción han logrado extenderse en los más variados campos. En toda la agricultura moderna, surgida en buena parte de la demanda de alimentos y materias primas de los países que por entonces se industrializan, y aun en muchas de las explotaciones agropecuarias menos avanzadas, la producción descansa ya, en buena medida, en el trabajo de centenares de miles de peones y jornaleros; en las industrias más importantes —como la textil, molinera, cigarrera, azucarera, de cerveza, jabón y muchas otras, y aun en numerosos modestos talleres e industrias artesanales, el trabajo asalariado tiene ya también gran importancia; y lo mismo acontece en la minería, en la construcción ferroviaria, en las empresas navieras, en los servicios de transporte urbano, en el comercio, la banca y el gobierno. ¿Que, no obstante todo ello, quedan supervivencias precapitalistas y que el desarrollo de la economía propiamente moderna es, en general, desarticulado y modesto? Ciertamente. Pero ello no significa que la nueva economía no sea capitalista. Por lejana, por diferente que se antoje respecto al modelo, digamos británico; cualesquiera que sean sus deformidades y sus obvias limitaciones, eso es también capitalismo; un capitalismo peculiar, carente, desde luego, del *glamour* propio del capitalismo anglo-francés y de la pujanza del alemán o el norteamericano.

El capitalismo es una formación social que tiene, naturalmente, ciertas características que le son privativas. Pero a la vez es un fenómeno histórico, un proceso cambiante que en sus fases iniciales difie-

re de lo que es en plena madurez. El capitalismo latinoamericano de fines del siglo XIX no es un sistema ortodoxo, maduro y, menos todavía, cabalmente integrado. Junto a las relaciones propiamente capitalistas, que por entonces son ya las dominantes, hay todavía relaciones precapitalistas y formas primitivas de acumulación de capital que se entrelazan con las nuevas y que, estrictamente hablando, subsistirán por mucho tiempo. Aún quedan numerosos productos que no se comercializan plenamente, y frente al nuevo y todavía desorganizado ejército de trabajadores asalariados, que a veces más bien parece una chusma informe y miserable, hay muchos pequeños productores que, consciente o inconscientemente, oponen resistencia al nuevo sistema y, lejos de considerarse proletarios, se sienten y aspiran a ser propietarios. En fin, la movilidad de la mano de obra y en general de los recursos productivos es insuficiente y nunca comparable a la de los textos de economía clásica o siquiera a la lograda en otros países en la época de la libre competencia, tanto porque faltan ciertos mecanismos institucionales como, sobre todo, porque el capitalismo del subdesarrollo nace, podría decirse, con un grado de monopolio más alto de lo que comúnmente se cree.

Más el que la fisonomía del capitalismo en sus fases iniciales sea todavía relativamente imprecisa porque algunos de sus rasgos empiezan apenas a configurarse, y el que el nuevo sistema no ostente progresos espectaculares, no es sólo característico de lo que ocurre en Latinoamérica. En la propia Europa, años después de que el capitalismo se había impuesto en definitiva, seguían advirtiéndose múltiples hechos que parecían más bien típicos de formaciones históricas previas.⁴⁰

Engels recuerda que, a principios del siglo XIX, en Inglaterra, "...el modo capitalista de producción, y con él el antagonismo entre la burguesía y el proletariado, se habían desarrollado todavía muy poco..."⁴¹ Pero aun en aquellos casos en que tal antagonismo no aflora abiertamente, el proceso de disociación de que depende el mercado capitalista y los cambios en la estructura de clases que le son inherentes, no dejan de producirse. Por eso nos desconcierta la afirma-

⁴⁰ "Aunque todas las características del régimen capitalista —escribe HENRI SÉE— eran evidentes en Inglaterra hacia 1815, prevalecía, sin embargo, la antigua organización del trabajo, por lo menos desde un punto de vista cuantitativo. Como lo observa Hobson, la especialización geográfica no era todavía completa, la exportación era relativamente pobre y el capital y el trabajo no estaban representados por cifras elevadas". *Orígenes del capitalismo moderno*. p. 11. Sin mencionar las numerosas supervivencias precapitales.

⁴¹ F. ENGELS, en MARX y ENGELS, *Obras escogidas*, tomo II, p. 111.

ción del profesor Baran en la que, al referirse a la separación del productor de sus medios de producción, sostiene que: "es evidente que esta disolución de la economía precapitalista no ha ocurrido en la mayoría de los países subdesarrollados". ¿A qué atribuir tal opinión y cómo conciliarla con lo que parece ser una tesis general en su obra? ¿Querría decir Baran que, en plena mitad del siglo XX, no se había realizado en dichos países ni siquiera la fase de acumulación primaria del capital, o sea que seguían siendo precapitalistas, cuando en otro pasaje del mismo ensayo, al recordar lo que ocurría a fines del siglo XIX, señala nada menos que los pueblos sometidos "...se encontraban en el capitalismo pero no había acumulación de capital..."? ¿O habrá querido decir que llegaron al capitalismo sin que aquella disociación fundamental se produjera de algún modo, lo que equivaldría a postular que en rigor no se dio la fase de acumulación originaria, o sea que el mercado capitalista no fue el corolario, la culminación de un largo proceso previo de desarrollo propiamente mercantil?

Baran sostiene y aun reitera que en las economías subdesarrolladas el sistema tendió a prolongarse y en cierto modo a mantenerse, podríamos decir a congelarse, en su fase mercantil; ello, a causa de la ausencia de una industria moderna que volvió imposible el desarrollo de un genuino mercado interior. En sus palabras: los países subdesarrollados "...perdieron sus medios tradicionales de vida, sus artes y sus oficios, pero no había una industria moderna que les proporcionase otros nuevos en su lugar".⁴²

Estando en general de acuerdo con las posiciones de Baran en su *Economía Política del crecimiento*, y en particular con el acento puesto en cómo las economías de los pueblos coloniales fueron desgarradas y explotadas, creemos que no obstante la penetración de su análisis se tiende en él a subestimar la descomposición que sin duda se opera en la producción mercantil y el hecho de que, a pesar de todo, el pequeño productor va siendo poco a poco privado de la posibili-

⁴² PAUL BARAN, *La Economía Política del crecimiento*, México, 1964, pp. 200 y 168. El propio autor, al examinar el papel de la industria monopolística hace notar que ésta "...amplía la fase mercantil del capitalismo, al obstaculizar la transición del capital y de la gente de la esfera de la circulación a la de la producción industrial. Por otra parte, el no proporcionar un mercado a la producción agrícola, ni una salida al excedente de mano de obra rural y al no abastecer a la agricultura con bienes de consumo manufacturados y aperos de labranza baratos, obliga a éstos a volver la autosuficiencia, perpetúa la ociosidad de los desocupados estructurales y favorece una mayor proliferación de pequeños mercaderes, de industrias domésticas, etcétera". (*Op. cit.*, p. 203).

dad de trabajar por cuenta propia, hasta convertirse en simple trabajador. Inclusive en el campo, donde la presencia de millones de campesinos pobres de aspecto tradicional podría hacer pensar que no llega a realizarse la “descampesinización”, se da sin duda el fenómeno, comentado por Lenin, de que muchos de los pequeños productores que legalmente siguen siendo propietarios, de hecho son ya proletarios que no podrían sobrevivir sin vender su fuerza de trabajo.⁴³

La influencia de la empresa monopolista sobre el subdesarrollo no se expresa, en nuestra opinión, de manera unilateral, y acaso ni siquiera consiste, esencialmente, en la “ampliación” de la fase mercantil señalada por Baran. Si bien ejerce tal efecto —en el sentido de alargar el proceso de acumulación primaria y obstaculizar, como hemos visto, su desarrollo *natural*— su papel es mucho más complejo y contradictorio, pues al mismo tiempo acelera la descomposición de la economía mercantil, propiamente precapitalista, y acorta el tránsito hacia el nuevo modo de producción, naturalmente sin que ello signifique que, a mayor capitalismo, corresponda mayor bienestar general.⁴⁴

La clave del problema parece más bien estar en la forma en que en los países subdesarrollados se desenvuelve el mercado interior. Veamos qué es lo que ocurre al respecto y por qué las cosas son así y no de otra manera:

... Aunque es cierto... —comenta el profesor Baran— que la «división del trabajo depende en gran parte de la propia división del trabajo», en las regiones atrasadas de hoy, esta secuela no se desarrolló «de acuerdo con el plan». Tomó un curso distinto, es decir, la división del trabajo, tal como surgió, se parecía más a la distribución de funciones entre un jinete y un caballo. Todo mercado que aparecía en los países coloniales y dependientes no se convertía en el «mercado interno» de es-

⁴³ “Entre el proletariado rural deben incluirse, por lo menos, la mitad de todas las haciendas campesinas...” “Al incluir los campesinos pobres entre el proletariado rural no decimos nada nuevo... , sólo los economistas del populismo hablan con tenacidad del campesinado en general, como de algo anticapitalista, cerrando los ojos al hecho de que la mayoría de los «campesinos» ha ocupado ya un lugar del todo determinado en el sistema de la producción capitalista, precisamente el lugar de obreros asalariados...” V. I. LENIN, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Moscú, 1950, pp. 163 y 164-65.

⁴⁴ “Es notorio hasta qué punto el capital monopolista ha agudizado todas las contradicciones del capitalismo... Esta agudización de las contradicciones es la fuerza motriz más potente del período histórico de transición iniciado con la victoria definitiva del capitalismo financiero mundial”. V. I. LENIN, *El imperialismo, fase superior del capitalismo. Obras completas*, tomo XXII, p. 315.

tos países, sino que, a través de la colonización y los tratados injustos, se transformaba en un apéndice del «mercado interior» del capitalismo occidental.⁴⁵

Parece innegable, como dice Baran, que el mercado interior en los países hoy subdesarrollados toma “un curso distinto” y que no es, en realidad, un mercado genuinamente interno. Pero si con base en la afirmación anterior se sostiene que, dado el nuevo carácter de la división social del trabajo (entendida como una división de funciones entre el jinete y el caballo), el mercado, y sobre todo el de manufacturas, “. . . no se convertía en el «mercado interno» de esos países. . .”, creemos que se incurre en un error.

Bajo el capitalismo del subdesarrollo el mercado interno siempre es, además de interno, un mercado internacional, esto es, abierto al exterior, una parte integrante, podría decirse, del mercado mundial.⁴⁶ Ello es así por una razón fundamental: porque careciendo los países económicamente atrasados de las industrias estratégicas que en cada etapa del desarrollo del sistema proveen los medios de producción más modernos, y necesitando, a su vez, esas industrias, de materias primas, alimentos, fuerzas de trabajo y mercado de destino para su cada vez mayor producción, el desarrollo económico capitalista sólo podrá darse en adelante —incluso en el modelo de “crecimiento hacia adentro”— a través de un proceso en el que, al mismo tiempo que el naciente capitalismo en dichos países se abre al movimiento internacional de mercancías y capitales, el también naciente capital monopolista penetra, como nunca antes, en su economía. Es decir, mientras el mercado interno se *internacionaliza*, el capital internacional se *interna* o *internaliza* en el corazón de las economías atrasadas.

El problema fundamental, en consecuencia, no parece ser el de que, al privarse a las economías subdesarrolladas de una industria moderna, haya tenido que congelarse en ellas la fase mercantil. Quizá esto habría ocurrido si, al quedar tales naciones sin una industria propia, no hubiera aparecido una ajena, poderosa y en rápido crecimiento, dispuesta a llenar la laguna.

Pero a falta de una industria nacional, que evidentemente no pudieron crear a la manera tradicional, los países atrasados tuvieron que depender de una industria fundamentalmente extranjera —en un principio generalmente lejana y más tarde enquistada en lo más íntimo de su economía— y, además, fundamentalmente monopolista,

⁴⁵ P. BARAN. *Op. cit.*, pp. 200-201.

⁴⁶ “. . . bajo el capitalismo —indica LENIN— el mercado interior está inevitablemente enlazado con el exterior”. V. I. LENIN. *Op. cit.*, tomo XXII, p. 258.

que no sólo alteraría el viejo mecanismo de la competencia en cada país, sino que crearía un nuevo tipo de dependencia en las relaciones internacionales y en el funcionamiento todo del sistema, es decir, una dependencia propiamente monopolista.

Generalmente no se repara, en los estudios sobre el subdesarrollo, en la relación COMPETENCIA-DEPENDENCIA, e incluso llega a pensarse en esta última como si se tratara de una constante que, a lo largo de siglos, sólo sufre cambios de forma. Se olvida que lo esencial del imperialismo es el desplazamiento de la libre concurrencia por el monopolio y, sobre todo, que al concentrarse la producción y el capital no sólo se modifica la dinámica interna del proceso económico, sino que se acentúa, a escala nacional e internacional, la falta de uniformidad característica del desarrollo capitalista; y se agudiza y cambia profundamente el carácter de la dependencia.⁴⁷

Podría inclusive decirse que, en cierto sentido, la competencia engendra la dependencia no sólo porque, en general, supone el enfrentamiento del fuerte con el débil, que usualmente acaba eliminando o al menos subordinando a éste respecto de aquél, sino porque en el proceso capitalista el imperialismo y la creciente explotación de los países subdesarrollados son la resultante dialéctica del desarrollo del sistema y, en particular, del creciente antagonismo que acompaña a la intensificación de esa competencia. La dependencia, por consiguiente, no es algo circunstancial ni menos aún ajeno a la forma en que se desenvuelve la producción misma en una economía capitalista: es más bien su resultado, pues en un sistema en que la profunda desigualdad de las fuerzas contendientes es uno de sus rasgos más característicos, la competencia entre ellas es al propio tiempo una compleja interdependencia que, en el momento mismo en que una de las fuerzas en pugna se muestra inferior a la otra, se convierte inevitablemente en dependencia. Esto no es una especulación. El examen objetivo del proceso capitalista deja ver una secuela en la que claramente se observa que la libre competencia, o sea una de las libertades burguesas, que se gesta desde mucho tiempo atrás y que en su versión clásica supone la igualdad de los competidores, lleva a la concentración de la producción y el capital, ésta al monopolio, el monopolio al imperialismo, la fase imperialista a la agudización de las crisis y a la accentuación de toda clase de desequilibrios, tensiones y rivalidades, y, finalmente, a una dependencia cada vez más estricta y se-

⁴⁷ "El capital financiero y los trusts no atenúan, sino que acentúan la diferencia entre el ritmo de crecimiento de los distintos elementos de la economía mundial". V. I. LENIN, *ibid.*, p. 288.

vera. Pero al intensificarse la dependencia adquiere también un impulso nunca antes alcanzado la lucha por la independencia de los pueblos sometidos. Tal es la dialéctica del proceso.

Como veremos en la segunda parte de este ensayo, la dependencia, por otra parte, no se hereda del pasado como algo inerte. Ella misma es una categoría histórica que influye y, sobre todo, en la que se expresan los cambios estructurales del proceso económico. La dependencia colonial anterior a la expansión mundial del capitalismo, difiere en muchos aspectos de la que corresponde a una fase posterior, propiamente capitalista; el tipo de dependencia que se configura en la etapa premonopolista no es igual, ni en su alcance ni en su contenido ni, desde luego, en sus formas de manifestación, a la que surge y se desenvuelve en la época del imperialismo.^{47a}

Por todo ello, volviendo al problema de cómo se desarrolla el mercado interno en las economías subdesarrolladas, que la división de trabajo adopte la forma de una relación del tipo de la existente entre el jinete y su caballo no demuestra que el mercado interno deje de desarrollarse. Antes al contrario, cualesquiera que sean su ritmo de expansión y los obstáculos a que se enfrente, crece el mercado, crece incluso más de prisa que antes, pero, como dice el propio Baran, a través de una carrera "particularmente torcida". Aun podría afirmarse que, al menos por lo que hace a las ventajas en favor del primero, la relación entre el capitalista y el trabajador siempre es similar a la del jinete y su caballo, y, en el fondo, así tiene que ser en una sociedad en la que las clases propietarias, por el solo hecho de serlo, sus traen y se reservan el control y el destino de la mayor parte del excedente producido por los trabajadores. Pero al margen de ello, lo que parece innegable es que, cuando el mercado y el capitalismo son ya entidades mundiales, el mercado interno y el mercado internacional se vuelven un mismo gran escenario en el que, con velocidades y modalidades diferentes, la explotación capitalista se desenvuelve en un nuevo marco histórico y en una nueva dimensión geográfica, en que la división del trabajo y por tanto la expansión del mercado siguen adelante, aunque ahora en un plano rebasante de las viejas fronteras nacionales. La relación básica en el proceso económico sigue siendo la

^{47a} "...los razonamientos «generales» sobre el imperialismo, que olvidan o relegan a segundo término la diferencia radical de las formaciones económico-sociales, se convierten inevitablemente en trivialidades vacuas o en jactancias, tales como la de comparar la «Gran Roma» con la «Gran Bretaña». Incluso la política colonial capitalista de las fases anteriores del capitalismo se diferencia esencialmente de la política colonial del capital financiero". V. I. LENIN, *ibid.*, p. 274.

existente entre el trabajador y el capitalista, pero ya no dentro de un mercado nacional determinado, sino en él, y simultáneamente, en el resto del sistema. En otras palabras: la disociación del productor y sus medios de producción, que desde los albores del capitalismo, como ya vimos, es un proceso *histórico* que se da de manera distinta en cada país, al imponerse el nuevo sistema se ve acompañado de un desgarramiento *geográfico*: ahora ya no sólo se trata de separar, económica y socialmente, en un país determinado, al productor de sus condiciones de trabajo, para que el capitalista pueda explotarlo a sus anchas a través del régimen de trabajo asalariado; el nuevo elemento consiste en que el grueso de la mano de obra disponible, de la fuerza de trabajo, tenderá a concentrarse en los países pobres, mientras los más poderosos acaparan el capital y la riqueza.

En resumen, bajo el capitalismo del subdesarrollo nada hay genuinamente nacional; acaso lo único propio, realmente exclusivo de tal régimen sea la subordinación a lo ajeno, la alienación creciente de las clases dominantes y la lenta, pero firme decisión de los sectores más conscientes del pueblo, de abrir al desarrollo nacional un cauce independiente.

Bajo tal sistema el mecanismo del mercado en su conjunto y cada uno de sus principales elementos, el mercado —valga la expresión— de mercancías, el de trabajo y el de capital, no operarán ya en la forma en que lo hicieron en otros países. El ritmo a que se extienda la producción de mercancías será más lento; la ausencia de una industria propia, medianamente articulada, de bienes de producción, restará siempre dinamismo al proceso económico; el traslado del excedente de mano de obra rural y, sobre todo, la absorción de la fuerza laboral se llevarán al cabo en condiciones más difíciles e irregulares. Y si bien la libertad de contratación será consagrada y aun convertida en las leyes en garantía individual inviolable, en la práctica, que en última instancia es la que realmente importa, persistirán viejas trabas e interferencias y formas de trabajo en apariencia feudales, residuo en parte del largo pasado precapitalista y en parte derivadas de la escasez de mano de obra en ciertas actividades y lugares, o que aparecerán como expresión de la influencia restrictiva de los monopolios.

Incluso podría decirse que bajo el capitalismo del subdesarrollo no existe o deja de operar el “mercado libre”, o sea el mecanismo autorregulador característico de los buenos, viejos tiempos de la libre concurrencia. Y ello tanto porque ésta nunca se da plenamente en la fase de tránsito hacia el capitalismo como porque, en general, éste aparece en Latinoamérica, como nueva formación social, cuando en

los países más avanzados y en el sistema en conjunto está por concluir o se ha liquidado ya la etapa propiamente competitiva. En consecuencia, aun en aquellos casos en que la forma externa de las relaciones contractuales muestra una apariencia, digamos, clásicamente liberal —como si la libre voluntad de las partes fuera en cada caso lo decisivo—, se restringe, de hecho, la libertad del obrero, la libertad de quien, en la relación esencial del proceso capitalista está llamado a jugar —como diría Marx— “el papel del otro hombre obligado a venderse voluntariamente”.⁴⁸

Por otra parte, si bien en su aspecto puramente alimentador de mano de obra asalariada, susceptible de explotarse en forma masiva, el naciente mercado capitalista demuestra, en la economía del subdesarrollo, ser un mecanismo bastante eficaz para asegurar a los empresarios una oferta de brazos cada vez mayor, en lo que atañe a la posibilidad de lograr un oportuno y —conforme a patrones capitalistas— más o menos alto nivel de empleo de esa mano de obra, resulta del todo ineficaz; en parte porque la dependencia colonial y el agotante drenaje de siglos impidieron una gran acumulación de dinero que, ahora sí, en un nuevo marco estructural, podía haberse convertido en capital en Latinoamérica; y en parte, ante todo, porque en el momento mismo en que el desarrollo del mercado interno culmina en el nacimiento del nuevo sistema, éste evoluciona, a escala mundial, de la fase competitiva a la monopolística. O sea que en ese momento nace también el imperialismo y se configura un patrón de relaciones económicas internacionales que no sólo frustra en definitiva el desarrollo capitalista autónomo, sino que refuerza la dependencia de los países coloniales y ex coloniales, los que ahora quedarán aún más estrechamente subordinados a través de un sistema que, a partir de entonces, operará por primera vez a escala realmente mundial.

El imperialismo ejerce una influencia aún mayor: altera las bases mismas del sistema y condiciona al propio desarrollo del mercado interior y, por ende, del proceso económico en cada país. Con el advenimiento y la rápida expansión de los monopolios cambian el módulo y el papel de la competencia, la que, en materia de precios, prácticamente desaparece, y éstos, al divorciarse crecientemente de sus valores dejan de ser una guía para la asignación de los recursos, lo que hace que la vieja racionalidad capitalista, que en la etapa com-

⁴⁸ “...en nuestras obras se comprende a menudo con excesiva rigidez la tesis teórica de que el capitalismo requiere un obrero ilustre, sin tierra. Eso es del todo justo como tendencia fundamental, pero en la agricultura el capitalismo penetra con especial lentitud y a través de formas extraordinariamente diversas”. V. I. LENIN, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, p. 164.

petitiva pareció expresar incluso una ley natural, devenga ahora una cada vez mayor irracionalidad imperialista. El desarrollo del sistema reclama, de las semicolonias latinoamericanas, una ininterrumpida afluencia de mano de obra. Y si bien el mercado interno se encarga, como antes dijimos, de proveerla, lo que no hace es generar, en la forma en que el capitalismo lo había hecho hasta entonces, una demanda capaz de absorberla. El capitalismo del subdesarrollo es, por tanto, desde su nacimiento, un capitalismo cojo, sin motor propio, sin capacidad orgánica para utilizar en forma medianamente aceptable el potencial productivo creado por él mismo; es un capitalismo contrahecho y subordinado que a partir de entonces se desenvolverá en el marco, como parte integrante y a la vez a la zaga de un mercado mundial inestable, anárquico, sometido permanentemente a la rivalidad y el insaciable afán de lucro de las grandes potencias, y que descansa en una división internacional del trabajo que —al amparo de la teoría clásica del comercio y de una falsa apariencia de objetividad y rigor científico— sospechosamente siempre deja lo mejor de cada actividad a los países dominantes y lo peor a las naciones dependientes.

Esto no significa, empero, que al frustrarse la posibilidad de un desarrollo autónomo en donde el capitalismo se instaura en el momento en que el sistema está a punto de iniciar su fase imperialista, la mano de obra asalariada que afluye al mercado de trabajo permanezca ociosa y sin posibilidad de explotarse. Como en el modelo clásico, en la versión neoclásica de las postrimerías del siglo XIX se da también una aceleración del desarrollo económico e incluso una segunda revolución industrial que requiere una vasta red de comunicaciones y transportes, instalaciones mineras modernas, una oferta adecuada de alimentos, y por encima de todo una abundante y fluida provisión de mano de obra barata. Pero en el modelo que se configura a partir del capitalismo del subdesarrollo, el patrón conforme al cual se desenvuelve el mercado interior cambia, como hemos visto, sustancialmente. Ahora no es la industrialización interna, propiamente nacional, el principal agente dinamizador del proceso económico. En vez de una rápida diversificación de la economía latinoamericana lo que se realiza es una innecesaria, excesiva, perjudicial y sumamente onerosa especialización en uno o dos productos primarios. Las manufacturas, pese a todo, logran cierto desarrollo, y el *capital industrial*, tomado en la amplia acepción en que, por ejemplo, lo hace Marx, —o sea como producción capitalista— desplaza y en gran medida suplanta al viejo capital mercantil.⁴⁹

⁴⁹ "... la minería, la agricultura, la ganadería, la manufactura, la industria

La proyección del sistema económico en su conjunto y de casi cada actividad, en particular, no es una sin embargo en la que, a la manera de una matriz algebraica de múltiples entradas se entrelacen, combinen, integren y apoyen recíprocamente, como en una estrecha y vasta red, desde la agricultura y la ganadería hasta la industria, el comercio y los servicios. Es más bien una proyección hacia afuera, hacia el exterior, hacia el mercado mundial. Y de ello resulta, por un lado, que el tránsito —digamos *natural*— de la manufactura a la gran industria decisivo para que el capitalismo impulse eficazmente el crecimiento de las fuerzas productivas y la expansión del mercado interior, se frustre en gran medida;⁵⁰ y por otro, que en vez de que el nuevo sistema se desenvuelva esencialmente dentro de ese mercado y en torno a una industria nacional en rápido desarrollo, lo haga en el seno del mercado mundial, en condiciones obviamente desfavorables, y alrededor de una industria ajena y casi siempre distante, o sea de un mecanismo inestable, anárquico, y para colmo incontrolable, que a partir de entonces será, a la vez que el principal factor dinámico del sistema, el más grave y persistente obstáculo a un genuino desarrollo.

Si bien en México, Chile, Brasil, Argentina y otros países latinoamericanos la economía se diversifica y crece con mayor celeridad que en etapas anteriores, los nuevos grandes centros industriales, los mayores polos de crecimiento o focos de atracción del sistema no se hallan en cada uno de ellos: México, Santiago, Río o Buenos Aires. Están en Alemania, en Estados Unidos, en Japón, en Inglaterra y Francia, y en menor escala en Rusia, Bélgica, Suiza, Suecia y otros países. El capitalismo ha madurado; se ha extendido grandemente y está a punto de convertirse en un sistema verdaderamente universal. En adelante ya no podrá Inglaterra, al amparo de su engañoso y hábil librecambismo, imponer unilateralmente sus condiciones en los mares, en el comercio internacional y aun en los debates parlamen-

del transporte, etcétera, constituyen ramificaciones impuestas por la división social del trabajo y, por tanto, esferas especiales de inversión del capital industrial. . . " C. MARX, *El Capital*, vol. I tomo III, p. 390.

⁵⁰ "... sólo la gran industria aporta con la maquinaria, la base constante de la agricultura capitalista, expropia radicalmente a la inmensa mayoría de la población del campo y remata el divorcio entre la agricultura y la industria. . . Sólo ella conquista por tanto el capital industrial que necesita el mercado interior íntegro". C. MARX, *El Capital*, tomo I, vol. I, p. 839. Y en otro pasaje sobre el mismo tema, escribe el autor: "Tan pronto como la manufactura se fortalece en cierto modo, y más aún la gran industria, se crea a su vez el mercado, y lo conquista con sus mercancías. Ahora el comercio se convierte en servidor de la producción industrial para la cual es condición de vida la expansión constante del mercado. . ." *Ibid.*, tomo III, vol. I, p. 405.

tarios, la ciencia económica y los salones de moda. La economía mundial, cada vez en mayor medida, operará conforme a nuevas condiciones, así como con nuevas y más profundas contradicciones que a su vez responden a una distinta constelación de fuerzas. Y si el carácter anárquico de la producción capitalista genera siempre desproporciones y desajustes que vuelven muy difícil mantener cierta complementariedad en el sistema, en la economía del subdesarrollo será todavía más difícil lograr la menor armonía, pues al convertirse la gran industria monopolista extranjera, a veces directamente y a veces a través del complejo mecanismo del mercado mundial, en uno de los factores condicionantes de la marcha del mercado interior y, por ende, del desarrollo en esos países, las relaciones e interrelaciones básicas de su economía serán profundamente alteradas por decisiones ajenas, extrañas y a menudo contrarias a su política económica interna, que incluso se adoptan fuera de su territorio y aun llegan a imponerse, cuando ello se estima necesario, por la fuerza.

Mas, ¿no estaremos atribuyendo demasiada importancia al mercado mundial y a la influencia que sobre el fenómeno del subdesarrollo ejerce el desenvolvimiento de la gran industria capitalista? ¿No estaremos, inclusive, confundiendo la época en que aparece el mercado mundial e incurriendo en el error de situar en la segunda mitad del siglo XIX un hecho que, en rigor, se registra a principios del XVI? El capitalismo, ciertamente, tiende a internacionalizarse desde siglos atrás. Aún en sus albores, cuando apenas empieza a gestarse en el seno de un feudalismo en plena descomposición, se proyecta hacia afuera, hacia el mercado exterior. Pero entonces está muy lejos todavía de ser un sistema y, sobre todo, un sistema mundial. Durante una larga fase sólo uno, y después dos, tres países serán, estrictamente hablando, capitalistas. Y aunque sus relaciones se desenvuelvan en el marco de una nueva comunidad internacional y la influencia que ejerzan sobre el resto del mundo sea cada vez mayor, ello no significa que el sistema, como nuevo modo de producción, se haya vuelto en todas partes la estructura socioeconómica dominante. El capitalismo no es posible en ningún país, hemos dicho líneas arriba, si el mercado interior no se desarrolla apreciablemente, a menos que lo supongamos como un "enclave", o sea como un fenómeno aislado, restringido y artificial que, al modo de un quiste extraño —como puede ser una gran empresa extranjera— surja y se desenvuelva al margen del contexto social que lo rodea. Y ni siquiera una economía de enclave podría desenvolverse sin un mercado interior en desarrollo. Pues bien, el capitalismo mundial, o sea el sistema capitalista, tampoco es posible sin un mercado verdaderamente mundial, el que a su vez es

un hecho histórico que se produce no en el siglo XVII o el XVIII, sino en la segunda mitad, y particularmente, en el último cuarto del siglo XIX.⁵¹

La aparición del mercado, como se sabe, es muy anterior al capitalismo, pero el mercado mundial es un fenómeno netamente capitalista, un fenómeno que habría sido imposible en una etapa histórica anterior, y que, como tal, supone que las nuevas relaciones de producción hayan llegado a ser las dominantes en un gran número de los países que lo integran. O sea que, si bien en él se expresa y culmina un largo proceso de desarrollo y generalización de las relaciones mercantiles, su dimensión propiamente mundial —el pleno dominio del mercado como mecanismo en el que fundamentalmente se produce a partir de la explotación de trabajo asalariado—, supone cambios cualitativos profundos como son los que acompañan a la instauración y el desarrollo inicial del capitalismo, de un lado, y del otro, a la consolidación definitiva y al tránsito del sistema a su fase propiamente monopolística.

Lo que quiere decir que así como en el plano interno las relaciones mercantiles no devienen relaciones capitalistas a consecuencia de un mero proceso evolutivo, simplemente gradual, sino de una transformación dialéctica, en buena medida revolucionaria y que a su vez resulta de contradicciones cada vez más profundas, en el orden internacional el mercado no se convierte en mercado mundial mediante el solo incremento y la extensión geográfica de las relaciones comerciales, sino a virtud de cambios de gran envergadura histórica,⁵² de cambios que se gestan desde siglos atrás pero a los que el capitalismo imprime gran celeridad y asigna una importancia cada vez mayor. O sea que, aun hechos que en la fase precapitalista están ya presentes y apuntan claramente en cierta dirección, al instaurarse el capitalismo sufren profundas modificaciones. Tan ello es así que, en las tres o cuatro décadas posteriores a 1870 la economía mundial registra, pro-

⁵¹ "La verdadera misión de la sociedad burguesa —escribe MARX en una carta a ENGELS— es la de crear el mercado mundial, al menos a grandes rasgos, así como una producción basada en éste. Como el mundo es redondo —agrega— esta misión parece acabada después de la colonización de California y Australia y de la apertura del Japón y China". *Acerca del colonialismo*, p. 309.

⁵² Los descubrimientos, los viajes, las aventuras coloniales, la importación de ciertos productos —señala el propio MARX, en *La ideología alemana*— "...y ante todo la ampliación de los mercados, que se convierten en un mercado mundial, cosa *ahora posible* [cursivas nuestras] y que se está operando en mayor volumen cada día, todo ello dio comienzo a una nueva etapa del desarrollo histórico..."

bablemente, cambios de mayor envergadura que los realizados en varios siglos previos. En efecto, si hacia 1800 ó 1850 es ya manifiesta la delantera que varios países han tomado a otros, para 1900 ó 1910, la desigualdad en el desarrollo se ha acentuado hasta volverse realmente abismal e inzanjable bajo el régimen capitalista.

Desbordaría el marco de este trabajo examinar los múltiples hechos que condicionan o acompañan la aparición de ese mercado mundial; pero al menos conviene mencionar en un párrafo, algunos de ellos: las revoluciones europeas de 1848, la integración de Alemania e Italia como estados nacionales modernos, la rápida industrialización de los Estados Unidos, Alemania y Japón, la creciente penetración y el reparto de África y buena parte de Asia, el trazo de una red ferroviaria que no sólo cubriría regiones antes incomunicadas de Europa y los Estados Unidos sino que se extendería por las principales rutas comerciales del mundo entero, la apertura del Canal de Suez, el desarrollo de las comunicaciones por cable submarino, telégrafo y teléfono, la guerra de Crimea, las guerras contra China, que acaban por incorporarla a la economía de Occidente; el auge del liberalismo y de los tratados comerciales y el rápido incremento del comercio internacional, la internacionalización de la banca moderna, la expansión territorial de Norteamérica y el desarrollo espectacular de la agricultura en California, y, más o menos al mismo tiempo, en Australia, Nueva Zelandia, Argentina, etcétera. Sin estos hechos y, concretamente, sin la industrialización de una decena de los principales países de entonces —lo que equivale a decir sin la previa o simultánea instauración en ellos del capitalismo como nuevo sistema—, sin la creciente competencia interna e internacional entre ellos, sin la concentración y centralización de la producción y el capital, y sin la iniciación de la etapa imperialista, —que fundamentalmente implica una cada vez mayor socialización de la producción y el establecimiento de un nuevo patrón en la división internacional del trabajo—, habría sido imposible un mercado verdaderamente mundial.

Lo que —añadiremos con fines de ilustración y de síntesis—, significa en otras palabras que, habida cuenta del carácter dialéctico y por tanto de la constante interacción de los factores que condicionan el proceso social, el mercado mundial se desenvuelve conforme a una secuela que en el fondo es la misma del capitalismo —y por tanto en general, del subdesarrollo— en la que se entrelazan y suceden hechos como los siguientes:

Descomposición de las formaciones precapitalistas → mayor división social del trabajo y generalización de las relaciones mercantiles → creciente disociación, generalmente por medios vio-

lentos, del productor y sus medios de producción → ramificación de las comunicaciones y expansión del comercio internacional a partir de los grandes descubrimientos de fines del siglo xv y principios del xvi → conquista de numerosos pueblos antes independientes y desarrollo del colonialismo → debilitamiento de los gremios artesanales y auge de las manufacturas en los países más avanzados → revoluciones económicas y políticas burguesas → instauración, en varios países, del capitalismo como nuevo modo de producción (de fines del xvii a principios del xix) → tránsito de la industria manufacturera a la gran industria moderna → generalización del trabajo asalariado y extensión del mercado propiamente capitalista → industrialización, a diversos niveles, de los países capitalistas independientes → modernización y ampliación de las comunicaciones y transportes → conformación de un nuevo patrón de relaciones económicas y políticas internacionales, agudización de la dependencia e incorporación de numerosos países al sistema capitalista → conversión del mercado internacional en un verdadero mercado mundial → internacionalización del mercado de trabajo y de dinero y capitales → concentración de la creciente producción y el capital → agudización de las crisis de sobreproducción → aparición de los monopolios y advenimiento del imperialismo → modificación profunda del régimen de competencia y del régimen de dependencia tradicionales → intensificación de la lucha revolucionaria y de liberación nacional → crisis general del capitalismo, y advenimiento del socialismo como nuevo modo de producción.

Ahora, estamos seguros, podrá comprenderse mejor nuestra insistencia en torno a la necesidad de advertir el cambio cualitativo que implica la aparición del mercado mundial, el que, específicamente, supone el desarrollo de una gran industria en por lo menos varios países y la rápida incorporación al capitalismo, o sea al régimen de esa gran industria y a la nueva división internacional del trabajo que habrá de acompañarla, de muchas otras naciones hasta entonces relativamente autosuficientes y, en buena medida, desvinculadas o sólo parcialmente integradas al mercado internacional.⁵³

⁵³ A propósito del papel del mercado mundial, MARX y ENGELS escriben: "En lugar del antiguo aislamiento de las regiones y naciones que se bastaban a sí mismas, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones. Y esto se refiere tanto a la producción material, como a la producción intelectual". *El manifiesto comunista*, p. 26.

Es tal la importancia de la gran industria al respecto, que Marx y Engels llegan a decir:

La gran industria ha creado el mercado mundial, ya preparado por el descubrimiento de América. El mercado mundial —añaden— aceleró prodigiosamente el desarrollo del comercio, de la navegación y de todos los medios de transporte por tierra. Este desarrollo influyó a su vez en el auge de la industria, y a medida que se iban extendiendo la industria, el comercio, la navegación y los ferrocarriles, desarrollábase la burguesía...

Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía dio un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran entimiento de los reaccionarios, ha quitado a la industria su base nacional. Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente. Son suplantadas por nuevas industrias, cuya introducción se convierte en cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que ya no emplean materias primas indígenas, sino... venidas de las más lejanas regiones del mundo, y cuyos productos no sólo se consumen en el propio país, sino en todas partes del globo.⁵⁴

Varios hechos fundamentales dignos de subrayarse afloran, a nuestro juicio, en la tesis anterior. En primer lugar que la industria, y en particular la gran industria capitalista, fue decisiva en la creación del mercado mundial; en segundo, que el desarrollo de ese mercado y del capitalismo como sistema desnacionalizó a la industria, o en las palabras de Marx: le "quitó" "su base nacional". Y se la quitó, en nuestra opinión, en un doble sentido y de manera irreversible: internacionalizando, por un lado, a la industria, hasta entonces todavía fundamentalmente nacional, y volviendo, por el otro, históricamente imposible, en aquellos países que a partir de ahí iniciaran su desarrollo capitalista, el nacimiento y sobre todo la expansión de una industria genuinamente nacional.

De hecho en ese momento se cerrará, en nuestro concepto, el ciclo histórico del capitalismo nacional independiente.⁵⁵ Y ello fue así porque, precisamente entonces:

⁵⁴ *Ibid.*, pp. 24 y 26. "...la gran industria... destruye el reducho de la sociedad antigua, el «campesino», sustituyéndolo por el obrero asalariado..." "...la ruptura del primitivo vínculo familiar entre la agricultura y la manufactura, que rodeaba las manifestaciones incipientes de ambas, se consuma con el régimen capitalista de producción". C. MARX, *El Capital*, tomo I, vol. I, p. 553.

⁵⁵ En otro pasaje, especialmente interesante para comprender el funciona-

Se implanta una nueva división internacional del trabajo ajustada a los centros principales de la industria maquinista, división del trabajo que convierte a una parte del planeta en campo preferente de producción agrícola para las necesidades de otra parte organizada preferentemente como campo de producción industrial...⁵⁶

El que unos países hagan de la agricultura y otras actividades primarias el centro de su nueva economía mientras otras giran alrededor de la industria no significa, necesariamente, que aquellos sean precapitalistas y éstos capitalistas. Sin perjuicio de que en ciertos casos ello sea así, en tratándose de México y otras naciones latinoamericanas, y seguramente también de no pocas de Asia y Africa, lo que se da es más bien un nuevo patrón de relaciones entre países más y menos capitalistas, entre países capitalistas viejos y nuevos, poderosos y débiles, independientes y dependientes.⁵⁷

miento del régimen técnico-económico de la gran industria, así como la problemática que, a partir de él, deberán encarar los países económicamente más débiles, escribe MARX:

"...tan pronto como el régimen fabril adquiere cierta extensión y un cierto grado de madurez, sobre todo tan pronto como su base técnica, la maquinaria, es producida a su vez por máquinas; tan pronto como se revolucionan la extracción de carbón y de hierro, la elaboración de los metales y el transporte, y se crean todas las condiciones generales de producción que corresponden a la gran industria, este tipo de explotación cobra una *elasticidad*, una *capacidad súbita e intensiva de expansión* que sólo se detiene ante las trabas que le oponen las primeras materias y el mercado. La maquinaria determina, de una parte, un incremento directo de las primeras materias; así por ejemplo, el *cotton gin* (la despepitadora) hace que aumente la producción algodonera. De otra parte, el abaratamiento de los artículos producidos a máquina y la transformación operada en los medios de comunicación y de transporte, son otras tantas armas para la conquista de los mercados extranjeros. Arruinando sus productos manuales, la industria maquinizada los convierte, quieran o no, en campos de producción de sus materias primas..."

"La constante «eliminación» de obreros en los países de gran industria, fomenta como planta de estufa la emigración y la colonización de países extranjeros, convirtiéndolos en viveros de materias primas para la metrópoli, como se convirtió, por ejemplo Australia, en un vivero de lana para Inglaterra..." C. MARX, *El Capital*, tomo I, vol. I, pp. 496-97.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 497.

⁵⁷ El determinar el carácter de la estructura dominante y de las relaciones entre los países que forman la comunidad internacional es, en verdad, una cuestión tan compleja que, aun una autora tan penetrante como Rosa Luxemburgo, todavía en 1913 considera que sigue habiendo vastas zonas precapitalistas que, por cierto, son las que —según ella— sirven de mecanismo para la absorción de la plusvalía que no es posible realizar bajo el capitalismo. Dada

Los rápidos avances industriales de los principales países cambiarán el panorama; acentuarán viejas rivalidades e impulsarán, como nunca antes, la concentración de la riqueza y la formación de grandes monopolios en continua lucha por obtener las mayores ventajas económicas y políticas. Ante las exigencias de ese nuevo gran mercado caerán una a una las viejas barreras defensivas; se saltarán las fronteras nacionales; se comunicarán sitios antes apartados y se enlazarán las redes ferroviarias y marítimas de un país a otro; se incrementará el tráfico de mercancías, el movimiento internacional de capitales e incluso el mercado de trabajo, y empezará a desplazarse, en migraciones sin precedente, a menudo realmente dramáticas, la mano de obra de los países económicamente atrasados —convertida en un segundo gran ejército de reserva— hacia aquellos en que el auge y la creciente demanda de trabajo amenacen con llevar los salarios a niveles peligrosos para las ganancias de los capitalistas y, por ende, para todo el proceso de desarrollo.⁶⁸

esa función, la autora sostiene que el imperialismo no es sino "... la expresión política de la acumulación de capital en su lucha por apoderarse de lo que todavía queda abierto del medio no capitalista". R. LUXEMBURGO, *The accumulation of capital*, p. 446. En otro estudio hemos señalado que, en nuestra opinión, R. Luxemburgo "considera precapitalistas numerosas situaciones y relaciones de producción que sin duda eran ya fundamentalmente capitalistas...; confundió el precapitalismo con el atraso y la explotación de que eran víctimas los países coloniales y semicoloniales, y limitó el alcance histórico del imperialismo a una mera «expresión política» del proceso de acumulación de capital, sin reparar, como lo haría Lenin en esos propios años, en que era un fenómeno mucho más profundo y complejo, que afectaba la estructura misma del sistema". *Economía Política y lucha social*, pp. 90-91.

⁶⁸ Con frecuencia se subraya el importante papel que la extensión y modernización de los transportes y las comunicaciones juegan, en la segunda mitad del siglo XIX, en la integración del mercado mundial. A menudo, sin embargo, no se repara en que tal proceso habría sido imposible sin un gran desarrollo industrial, y sobre todo en que éste, a su vez, no se habría realizado sin un cambio estructural profundo consistente en que el modo de producción capitalista, confinado hasta poco antes a unos pocos países y a un intercambio internacional de mercancías todavía de escaso volumen y valor, se convirtiera, a partir de entonces, en un sistema verdaderamente mundial en rápido tránsito hacia el imperialismo.

Al reiterar la significación de estos hechos no olvidemos, naturalmente, que están precedidos de otros y que el proceso histórico tiene una continuidad que no puede romperse arbitrariamente; pero si tratamos de poner énfasis en que tales cambios no se producen en forma gradual sino propiamente dialéctica y en que, precisamente por ello, la magnitud de los mismos rebasa con mucho el ritmo del desarrollo de las fuerzas productivas logrado hasta entonces. Algunos datos y ciertas opiniones al respecto, nos ayudarán a comprender mejor lo que esas magnitudes significan.

Los cambios a que nos referimos no son simples modificaciones de grado; son transformaciones profundas que alteran el funcionamiento del proceso y del sistema económico en su conjunto. El que la instauración del capitalismo como nuevo modo de producción en los hoy países subdesarrollados, coincida con, o se produzca después del momento histórico en que surge el mercado mundial y en que se abre la fase monopolista del sistema, no es un mero accidente o una curiosa coincidencia sin importancia. Es una confluencia histórica singular, y singularmente compleja, una encrucijada o coyuntura que condiciona todo el proceso del subdesarrollo capitalista en Latinoamérica.

A ella obedece, en última instancia, que "nuestro" capitalismo no sea ya lo que en otras naciones y otras épocas. Aquí ya no será un agente capaz de imprimir gran celeridad al proceso económico ni, menos aún, de colocar a los países en que se vuelva el sistema dominante, a la vanguardia del progreso; ni siquiera será un capitalismo de segunda clase, más o menos dependiente, como puede serlo hoy el de muchos —acaso la mayoría— de los países europeos, en los que no obstante su creciente dependencia se opera un sensible crecimen-

"La nueva forma de explotación colonial se hizo posible y se vio favorecida por las formas mecánicas de producción, ... lo que contribuyó a que la demanda de materias primas baratas y de mercados de venta se elevara bruscamente. Al mismo tiempo se ampliaron las posibilidades de comercio exterior mediante la mejora de los medios de transporte..., de modo que pudo formarse un «mercado mundial»." PETER GÄNG y REIMUT REICHE, *Modelos de la revolución colonial*, México, 1970, p. 16.

"A mediados del siglo pasado —recuerda N. BUJARIN— la longitud de las redes ferroviarias era de 38 600 kilómetros; en 1880 esta cifra había alcanzado 372 000 kilómetros..." En 1890 subió a 617 285 y en 1911 a 1 057 809 kilómetros. *La economía mundial y el imperialismo*. París, 1969, pp. 25 y 26.

"También los transportes marítimos se desarrollaron rápidamente, sobre todo desde que los cascos de los buques se construyeron de hierro y acero... y que la hélice de espiral comenzó a sustituir a la rueda de paletas lateral... (a partir de 1860)". SHEPARD B. CLOUGH. *La evolución económica de la civilización occidental*, Barcelona, 1962, pp. 430-432. Entre 1830 y 1913, la producción industrial mundial aumentó más de 9 veces y el tráfico de ultramar más de 18 (p. 51).

En lo que hace a la inmigración, de 1851 a 1930 se desplazaron, principalmente hacia América, cerca de 50 millones de hombres y mujeres, sin contar a quienes, en calidad de esclavos, se enganchaban principalmente en África. (Véase W. S. WORTINSKY y E. S. WORTINSKY, *World population and production*, Nueva York, 1953, pp. 72 y ss. Con razón comenta BUJARIN: "El inmenso depósito de reserva del nuevo mundo capitalista aspira al excedente de población de Europa y Asia, desde los campesinos empobrecidos y arrojados de la economía rural hasta el ejército de reserva de los parados de la industria urbana. Es así como en el mundo entero se establece una concordancia

to y se logran niveles de ingreso y de vida más o menos satisfactorios. En vez de alentar la competencia de precios estimulará la concentración y el monopolio; en vez de contribuir al logro de la plena independencia de los países del subcontinente ya entonces atrasados, agudizará su dependencia; en vez de liberar las fuerzas productivas y generar el desarrollo acentuará el subdesarrollo, mas no el estancamiento sino el crecimiento desigual, inestable, deforme y siempre insuficiente, anárquico y subordinado. Por eso podríamos denominarlo, con toda propiedad, "capitalismo del subdesarrollo", tanto más cuanto que el subdesarrollo latinoamericano, si bien empieza a gestarse desde los albores del capitalismo, no es, como ciertos autores parecen creerlo, una situación dada, un estado de cosas inmóvil que se herede del pasado y que, una vez que toma cuerpo, no cambie o sólo sufra modificaciones sin importancia.

Si la iniciación, en el siglo XVI, de la época en que apenas se anuncia el nacimiento del capitalismo, altera el carácter de las relaciones productivas internas y el patrón de las relaciones económicas internacionales, la instauración del nuevo sistema, su desarrollo y diseminación, impulsan a un ritmo sin precedente la expansión de las fuerzas productivas y modifican, cualitativamente, el marco estructural en que se desenvuelve el proceso económico y la forma en que operan ciertas leyes. De ahí que si, aun en un contexto histórico esencialmente precapitalista, la generalización de las relaciones mercantiles empieza —al amparo del pillaje, la explotación de los pueblos conquistados y la dinámica propia de una sociedad de clases— a generar el subdesarrollo y a crear un mundo desigual, dividido en países de primera, de segunda y de tercera, la expansión del capitalismo como fenómeno interno y a la vez internacional, lo afirma y agudiza como nunca antes, le imprime una nueva fisonomía y aun una nueva y más irracional dinámica, y lo vuelve, en rigor, un elemento orgánico, una parte esencial y permanente, una especie de lado oscuro y pobre del sistema. El subdesarrollo no es, en consecuencia, un fenómeno precapitalista. Tanto en un sentido interno como internacional es fundamentalmente capitalista; y aun podría decirse que no sólo supone la existencia del capitalismo, sino que éste sea ya un sistema realmente mundial, que empiece a recorrer su fase imperialista.*

entre la oferta y la demanda de la «mano de obra», en la proporción deseada por el capital". *Op. cit.*, p. 31.

* En la segunda parte de este estudio, que se publicará próximamente, se examina la peculiar dinámica del capitalismo del subdesarrollo; es decir, cómo interactúan los factores del atraso y cómo en su conjunto condicionan recíprocamente el proceso de acumulación de capital. (*N. del Ed.*)